

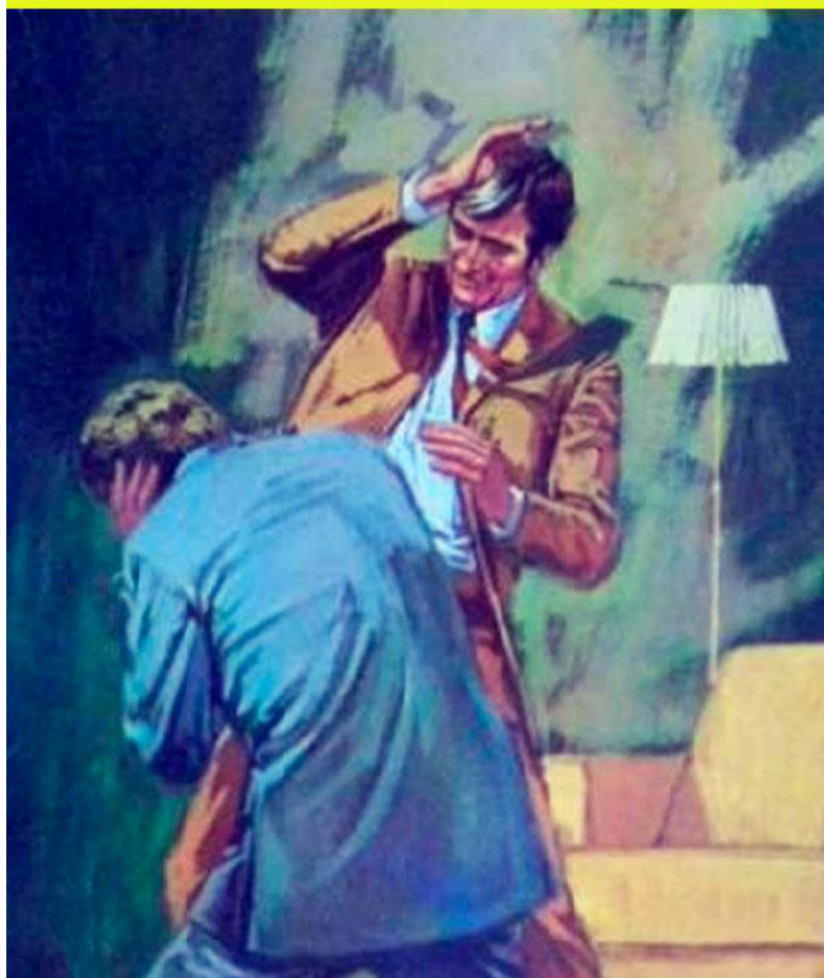
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la gallina de los huevos de oro

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 409

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 45.914 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1970

© RALPH BARBY, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección COLORADO:
642. —Desafío a largo plazo.
- En Colección KANSAS:
611. —Hay que saber perder.
- En Colección CALIFORNIA:
692. —El hombre de la muerte.
- En Colección BRAVO OESTE:
433. —Manantial de sangre.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.007. —El hampa se moderniza.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
714. —El orgullo de los Houston,
- En Colección PUNTO ROJO:
402. —El muerto viajero.
- En Colección ASES DEL OESTE:
541. —Taged.
- En Colección BISONTE:
1.106. —El futuro no es de los cobardes.
- En Colección BUFALO:
779. —Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Señores y señoras televidentes, pueblo norteamericano, pueblo del mundo, observen, observen atentamente la gallarda, la esbelta figura del «Apolo XI»! Dentro de pocos segundos, los gigantescos motores del «Saturno V», el mayor cohete jamás construido, con ciento sesenta millones de caballos de fuerza y más de trescientos cuarenta pies de altura, todo comprendido, las fases que deben desprenderse, el módulo de mando «Columbia» y el módulo lunar «Eagle» despegarán del globo terráqueo para desaparecer en el cosmos rumbo a la Luna. Lo siempre soñado, la gran utopía del hombre, ¡la Luna al alcance de la humanidad!

El rostro del locutor de la televisión norteamericana no aparecía en pantalla, pues las cámaras sólo buscaban las figuras de Armstrong, Aldrin y Collins, la inconfundible silueta del «Apolo XI», el centro de observación, la gran tribuna de invitados de la Prensa y la bien cuidada tribuna para invitados especiales entre los que se encontraban el expresidente Johnson y presidentes de otros Estados extranjeros, hermanados con Estados Unidos en la maravillosa aventura del siglo y quizá de todos los tiempos.

La voz del locutor se desgarraba, enronquecía y parecía ir a quebrarse en cualquier instante dada la violencia de su expresión. La gran aventura iba a comenzar.

Sobreimpresos en las pantallas de los receptores, en un programa que se captaba en todo el universo, servido en cada nación, con el idioma autóctono a través de los enviados especiales, podían verse los breves segundos que faltaban para que el cohete se elevara y los ojos se cegasen en aquella mañana clara del 16 de julio de 1969.

—¡Atención, señores, atención, enmudezco para dejar paso al control de vuelo dirigido por el señor Christopher Columbus, maravillosa coincidencia en la historia de los descubrimientos! Un

nombre glorioso, que si bien no tiene la fuerza de Armstrong, Aldrin, Collins o el propio Von Braun, sí tiene fuerza, porque no sólo son tres hombres astronautas quienes conseguirán tocar la Luna, sino miles de técnicos de la NASA que bien merecen ser nombrados. Los dólares que todos nosotros, a través del Gobierno, hemos gastado, han hecho realidad este ambicioso proyecto apoyado por la humanidad entera. Pero escuchen, escuchen la voz casi mecánica de uno de los hombres de acero de la NASA concluyendo la cuenta atrás.

En el sonido de la televisión desapareció la voz del reportero para dejar paso a las palabras del técnico que todo el mundo, desde los más dispares lugares del globo terráqueo, siguió con atención:

—Seven, six, five, four, three, two, one, zero... ¡Fire!

Los gases brotaron con violenta expansión por debajo de los gigantescos tubos de los motores del dios «Saturno», convertido en acero y fuego, fuego que brotó tras los gases.

Las bocas del millón de espectadores que habían arribado a Cocoa Beach se entreabrieron quedando sus labios ligeramente colgantes, como si de veras sus mentes estuvieran ya en la Luna.

El enorme «Saturno V», con su demoníaca potencia, vaciló ligeramente y pareció que iba a torcerse. El público en general apenas lo advirtió pero los reporteros, duchos en la transmisión de lanzamientos astronáuticos, enmudecieron.

Mas el cohete, como una aguja de cola ígnea, se elevó primero poco a poco y luego fue adquiriendo mayor velocidad. Casi tres millones de ojos lo siguieron al natural y cientos de millones a través de la pequeña pantalla.

—Señores, permitan que exprese mi júbilo en nombre de Estados Unidos. El lanzamiento del «Apolo XI» ha sido un éxito. Entrarán en órbita dentro de poco y luego aguardará la orden para su marcha a la Luna. Lo más grandioso ha comenzado en estos instantes. La historia escribe ahora con pluma de oro y tinta hecha con polvo de estrellas porque el universo es del hombre, aunque jamás debemos olvidar las palabras de Borgman, el primer hombre que voló alrededor de la Luna, palabras de la Biblia. —Se puso grave y añadió—: «Un día, Dios hizo el cielo y la tierra...»

El pie, que no pertenecía precisamente a un saturno, sino a una bien redondeada venus de cabellos lacios y rubios que cubría su

cuerpo con un diminuto bikini, pulsó un botón apagando el televisor.

El pequeño yate se balanceaba ligeramente de babor a estribor frente a las playas de Cocoa Beach. En la noche de julio, un punto luminoso parecía indicar que había nacido una nueva estrella.

—Fred, Fred, has presenciado el lanzamiento en directo y ahora lo has visto en diferido... ¿No puedes ya prestarme un poco de atención?

—Nena, me parece una maravilla que por primera vez en la historia de la especie humana terrestre, porque sólo Dios sabe por ahora lo que hay en otros planetas, tres hombres vayan a la Luna.

Ella sonrió y acarició suavemente con sus labios los del hombre:

—A ti te gustaría ser uno de esos tres hombres, ¿verdad, cariño?

—Indudablemente.

—¿Vanidad? —le preguntó ella siempre en tono ronco, pese a que nadie podía oírles.

Navegaban en dirección a Miami, luciendo sus luces rojas de señalización, gozando del sabor salino del ambiente y el frescor de la brisa que les rodeaba en cubierta sobre la que se hallaban tendidos en un colchón múltiple de espuma y ante un televisor portátil de fabricación japonesa. Con sus antenas, semejava un raro insecto que se hubiera posado inopinadamente sobre cubierta o quizá, para una imaginación más calenturienta, condicionada por los últimos sucesos, un extraño ser que hubiera bajado del cielo para ver cómo era el amor de una pareja humana.

—Cada cual tiene su papel en la vida. A mí me ha tocado otro distinto.

—Nunca me has dicho qué haces en la vida, sólo sé que no te falta dinero y que te gustan las chicas.

—Hermosas como tú.

—Lo mismo puedes ser un pescador de tiburones, un buscador de tesoros, el hijo de un magnate o un traficante de algo oscuro.

—¿A ti qué te gustaría que fuera?

—No sé, tal vez millonario sin problemas.

—Te agrada vivir bien, ¿eh, encanto?

—¿A quién no? Y tú no puedes quejarte, vives como quieres.

—A veces no es tan fácil obtener lo que se desea. Puede costar la vida.

—Me intrigas, Fred. ¿Qué tratas de decirme?

—Y tú, ¿qué tratas de preguntarme?

Fred Lamban sonrió al ver que la joven intentaba arrancarle el secreto de su profesión, algo que podía costarle la vida.

—Fred, hace rato que no me dices que te gusto.

El la estrechó.

En aquel momento, un pitido agudo e intermitente llegó claramente hasta ellos y Fred Lamban arqueó sus cejas preocupado.

Apartó a la fémina y se puso en pie, no siendo obstáculo para él el balanceo del pequeño yate.

—¿Qué ocurre, Fred?

—Todavía no lo sé.

Bajó al puesto de mando donde se hallaban todos los controles para manejar el pequeño pero lujoso yate.

Tomó un auricular y se lo colocó pegado al oído. Luego, pulsó un botón verde durante unos segundos y aguardó mientras tomaba papel y bolígrafo.

La chica bajó tras él, intrigada:

—¿Quién llama, Fred?

El terminaba de apuntar en aquel instante una clave que tradujo como 12-K9220.

Se volvió y mirando a la rubia de piel tostada por el sol, dijo:

—Se terminó la fiesta por esta noche. Regresamos.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. Simplemente se ha terminado la fiesta.

El motor de la embarcación roncó al aumentar su marcha. Dejando una gran estela tras de sí tomó rumbo a Miami.

Mientras Fred Lamban conducía la nave hacia el puerto más atractivo de la península de Florida, la chica se dejó caer en una tumbona y comenzó a fumar un pitillo con aire resignado.

No era gran psicóloga, pero se había percatado del cambio operado en el rostro del hombre. Parecía pensativo, enigmático, no era fácil adivinar sus pensamientos.

Del hombre ardiente, amoroso y acariciador que fuera antes había pasado a una frialdad casi gélida, a una dureza de rostro incapaz de experimentar piedad. No era el mismo de antes.

Fred Lamban utilizaba aquel yate como residencia fija y medio de transporte, a menos que tuviera mucha prisa, en cuyo caso

tomaba el avión.

Si los desplazamientos eran largos, cardaba su automóvil, un «Porsche» blanco, sobre la cubierta, un coche que ahora le aguardaba en el muelle del Millionaire Miami Beach Club.

—Ha sido una noche muy corta —refunfuñó la chica—. Creí que vería salir el sol en el mar.

—Eso es fácil. Siéntate en la terraza de tu apartamento y lo verás. Ahora, encanto, tengo prisa. —Le dio un beso y le puso en el brazo el minifaldero vestido.

Dándole una palmadita cariñosa, la echó fuera del yate.

Media hora más tarde, Fred Lamban, embutido en un fresco y claro traje veraniego, con camisa de cuello redondo sin corbata, rodaba con su «Porsche» hasta detenerse junto a una cabina telefónica pública.

Sacó un pequeño mapa de su bolsillo y comprobó en él que la cabina que tenía delante correspondía al guarismo doce. Luego, miró la hora. Eran las dos y dieciocho minutos, faltaban dos para el dos, dos, cero, que le habían enviado en clave morse a través de las ondas.

Abrió su pitillera, sacó un cigarrillo, le prendió fuego y salió parsimoniosamente del «Porsche». Abría ya la puerta de la cabina cuando sonó el timbre del teléfono. Descolgó el auricular y dijo:

—Lamban al habla.

—Hola, Fred. ¿Ha recibido el mensaje?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Hay un trabajo para usted.

—No será ir a la Luna...

—Oh, no, es algo más terreno.

—Escucho.

—Nuestro Gobierno ha invitado a numerosas personalidades para presenciar el lanzamiento del «Apolo XI», entre ellas a varios presidentes de Estado.

—Sí, ya los he visto por televisión. ¿Ha ocurrido algo relacionado con ellos?

—El presidente de Costa Larga tiene problemas.

—¿El general Varela?

—¿Lo conoce?

—Bueno, sé que es un hombre algo duro, un dictador según

dicen algunas de sus hermanas, las, repúblicas centroamericanas, aunque creo que no es mala persona. Precisamente lo he visto por la televisión.

—¿La televisión? Creí que como todos los que han venido a Miami y Cocoa Beach lo habría presenciado en directo.

—Sí, lo presencié y esta noche lo he visto en retransmisión diferida. He podido ver al presidente de Costa Larga. Por cierto, ¿no era su hijo el oficial sentado a su lado?

—Sí, recién acabado de salir de la escuela militar de West Point con la graduación de teniente. Como sabe, muchos extranjeros cursan la carrera militar en West Point, máxime si son invitados especiales de nuestro Gobierno como es el caso de los Varela.

—Bien, ¿y cuál es su problema?

—Se trata de Julio Varela, el hijo. Ha tenido un tropiezo esta noche.

—¿Qué clase de tropiezo? ¿Algún fanático de su país ha tratado de asesinarlo?

—Eso tendrá que averiguarlo usted. Ha sufrido un accidente de automóvil y ahora está en la clínica Hipócrates, en la carretera 52, a cuatro millas de la ciudad y frente a la playa.

—¿Ése es el lugar donde ha ocurrido el accidente?

—Sí, muy cerca de la clínica. Naturalmente, el presidente y su hijo estaban protegidos como todos los altos personajes que han venido a Florida para presenciar el lanzamiento del «Apolo XI».

—¿Policía estatal o FBI?

—Las dos cosas. En áreas extensas, alrededor de los hoteles y lugares con edificios grandes, por la policía metropolitana o estatal y como «guarda-corps» agentes federales. Ah, y una *public relations* enviada por el propio gobernador de Florida a petición de la Casablanca.

—¿Sólo ellos tenían una chica para relaciones públicas o los demás personajes también las llevaban?

—No, todas las personalidades importantes tenían su *public relations* pero, usted tendrá que interesarse mucho por esa chica que les guiaba a ellos, Shirley Potters.

—¿Por qué?

—Porque al parecer era ella quien conducía el coche siniestrado y luego ha desaparecido.

—¿El chico cómo está?

—Herido e internado en la clínica. Desconozco el último parte facultativo, seguramente el muchacho estará aún dentro del quirófano. Naturalmente, se guarda absoluta reserva sobre lo ocurrido, nada de Prensa. La noticia podría tener demasiada trascendencia en la república de Costa Larga, donde la situación siempre ha sido un poco delicada.

—Comprendo, pero lo que no entiendo es qué tengo que ver en este asunto. Un simple accidente de carretera donde la policía estatal puede investigar con sus detectives...

—Investigarán hasta donde se les permita. El general Varela es un hombre muy reservado y pondrá límite a la investigación cuando le convenga o lo juzgue oportuno y como invitado especial que es, nuestro Gobierno tendrá que acceder a su petición y retirar a la policía y al FBI si así lo pide el general.

—Ya, y ustedes quieren que haya un hombre metiendo las narices en todo momento, arriesgando la piel si hace falta, pero que nadie sepa para quién trabaja en realidad.

—Exacto. Usted, Fred Lamban, no trabaja para nuestro Gobierno. Como siempre, no recibirá ninguna clase de protección. Es más, si se mete en algún lío que trascienda a la opinión pública, tendrá a la policía detrás de sus talones y dispararán a matar. Nuestro Gobierno no romperá las relaciones con el Gobierno de Costa Larga.

—Comprendo. Ellos lo valen todo y yo no soy más que un aventurero sin importancia.

—No lloquee, usted sabe protegerse bien. Ah, la paga será como siempre.

—De acuerdo. Vivir bien requiere arriesgar el pellejo. Investigaré a fondo, como siempre, y meteré mis manos en todos los trapos sucios que encuentre.

—Pero no los airee. Sería peligroso para usted.

—Sí, sí. Como siempre, si me convierto en un peligro enviará a un par de sus muchachos para que me llenen de plomo en cuanto me capturen. De este modo, quedaré callado para el resto de los siglos. Menos mal que hasta ahora siempre me han salido bien los trabajos.

—Tiene las manos libres, Fred, pero comprenda que aunque me

sepa mal no podría actuar de otra forma. El prestigio de nuestro Gobierno no puede comprometerse, de modo que empiece a investigar lo que pueda y cuando el trabajo haya concluido nos enviará su informe en la forma habitual.

—¿Y el dinero también lo recibiré en la forma habitual?

—Por supuesto y buena suerte, Fred.

—O. K., pero creo que será un trabajo fácil. Esta vez van a desperdiciar los dólares de los contribuyentes conmigo. Puaf, un simple accidente de carretera...

Fred Lamban colgó el auricular. Arrojó la colilla de su cigarro, la aplastó con la punta del zapato y abandonó la cabina. La noche aún era joven y él tenía mucho que hacer.

CAPÍTULO II

El «Cadillac» negro, lujoso y elegante, con el distintivo del cuerpo diplomático, rodaba por la carretera 52. Un edificio blanco y amplio, de estructura funcional, moderna en su estilo, rodeado por un amplio y despejado jardín, quedó a la vista.

Aquel edificio, de aspecto casi playero, por su lado este era acariciado por las olas del mar en una pequeña playa. A ambos lados de la misma, grupos rocosos casi inaccesibles dejaban la playa particular para la clínica Hipócrates.

Una verja de recio acero, con casi dos metros y medio de altura, impedía que nadie se filtrara en los terrenos propiedad de la clínica, a menos que lo hicieran por la entrada principal, donde dos severos vigilantes de uniforme permanecían siempre atentos.

Quizá alguien pudiera pensar que sería fácil saltar la altura de la verja de gruesos tubos rectangulares, más avisos significativos, aunque en letras pequeñas, advertían del peligro del cable de alta tensión que había sobre la verja. Nadie que supiera leer se expondría a convertirse en un acumulador humano de voltios.

El «Cadillac» hizo chirriar sus neumáticos casi marcándolos en el asfalto, cosa que hubiera conseguido de ser de día al estar la carretera reblandecida por el cálido sol de Florida.

Los faros del «Cadillac» se filtraron a través de las rejas de la puerta. Una voz imperiosa ordenó desde el interior del coche:

—Vamos, toque el claxon, ¿a qué espera?

El claxon del automóvil se dejó oír por dos veces.

Uno de los vigilantes permaneció atento dentro de la caseta de vigilancia que tenía una estrecha puerta que daba a la calle y otra al interior del jardín. Ambas puertas se cerraban con una gruesa plancha de acero que ni las balas de un «45» de reglamento hubieran perforado.

Los pacientes que acudían a la clínica Hipócrates conocían bien

la discreción de la misma y tenían la seguridad de no ser molestados.

Aquella clínica no era, por supuesto, un lugar accesible para los bolsillos económicamente débiles, ni siquiera medianos. Una simple amigdalotomía podía costar hasta dos mil dólares.

—¿Qué desean los señores? —preguntó servicial y atento el vigilante de uniforme perteneciente al turno de noche.

El «Cadillac» sólo estaba ocupado por tres hombres, uno de ellos el chófer y los otros dos, de edad más madura, acomodados atrás.

El que había ordenado tocar el claxon era más bajo y recio de cuerpo que su acompañante, algo más alto y elegante pero también con diez años más y varias pulgadas de estatura. Éste fue quien habló:

—Soy el embajador de Costa Larga. Hemos avisado por teléfono de que veníamos hacia aquí.

—Sí, excelencia, se me ha notificado su visita, pero es necesario que compruebe su identidad antes de dejarlo pasar.

—Sí, claro —admitió Cavallo mostrando su documentación mientras el hombre que lucía un grueso pero bien recortado bigote apretaba los labios molesto e impaciente.

—Conforme. ¿El señor va con usted?

—Naturalmente. Si voy dentro del coche es que voy con él, ¿no? —replicó sarcástico, duro, con su acento sudamericano.

El vigilante, en vez de molestarse, sonrió. Luego, alzó su mano e hizo un gesto significativo. Su compañero de la caseta debió accionar algún mando electrónico porque en la verja se escuchó un chasquido y sin que nadie la empujara se abrió de par en par franqueándoles la entrada.

El chófer, que conocía bien la premura que exigían sus superiores, apretó el acelerador y rápidamente se introdujo en el recinto de la clínica, rodando por un camino de gravilla que se abría entre las zonas de césped muy bien recortado. Aquí y allá, unas plantas exóticas y árboles solitarios bien diseminados para dar la impresión de que habían pocos.

Al fin, el «Cadillac» se detuvo ante la entrada principal del edificio de la clínica.

Bajo una cubierta plástica, dos ambulancias blancas aguardaban, prestas a salir cuando se las requiriera.

Una enfermera alta, bien redondeada, de abundantes cabellos negros y ojos grandes y expresivos, salió al encuentro de los dos recién llegados ya que el chófer había quedado afuera con el automóvil.

—Buenas noches, señor embajador —saludó casi sinuosa.

—Son un poco desconfiados en esta clínica —observó Cavallo.

—Las circunstancias y las normas así lo exigen, ¿verdad, excelencia? —preguntó mirando al hombre del bigote.

—¿Cuánta gente conoce mi identidad?

—Muy poca, señor presidente —respondió la enfermera—. Sólo la estrictamente indispensable.

El presidente Varela, receloso y autoritario a un tiempo, preguntó:

—¿Y usted pertenece a ese reducidísimo grupo de indispensables?

—Por supuesto, señor presidente. Yo soy la responsable de las relaciones públicas de la clínica Hipócrates y debo estar al corriente de la identidad y familiares de nuestros pacientes.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó como un disparo.

—Ha salido ya del quirófano y según el parte del cirujano está bien. Pero, acompañeme y podrá verlo usted mismo.

—Señorita... —comenzó a decir Varela.

—Rosy es mi nombre, señor presidente.

—Bien, señorita Rosy. ¿Algún periodista ha tomado fotografías del accidente o ha averiguado la identidad de mi hijo?

—No, señor presidente. En la clínica jamás los dejamos entrar.

—Magnífico —aprobó el general Varela mientras su embajador permanecía silencioso, asintiendo con la cabeza.

En realidad, lo que Cavallo hacía era abrir el paso de su patria al presidente para que no tuviera tropiezos ni se descubriera su identidad en momentos innecesarios, ya que el general Varela había exigido silencio respecto al accidente ocurrido a su hijo desde el primer instante en que se lo comunicaron por teléfono.

—Sin embargo —prosiguió Varela—, el parte que se haya dado a la comisaría de policía puede trascender a la Prensa amarilla.

—En este caso, eso no sucederá, señor presidente. Un agente federal, que por lo visto seguía de cerca a su hijo, lo ha arreglado todo para que la policía estatal no intervenga dada la alta

personalidad de ustedes, máxime siendo invitado de honor de nuestro país para contemplar la hazaña más importante de la Historia.

—En estos momentos me interesa más lo que le ha ocurrido a mi hijo que el viaje a la Luna.

—No tema por su vida, señor presidente. El accidente no ha sido grave ni mucho menos, sólo unos pequeños cortes y magulladuras. En pocos días quedará como antes.

—¿Sin cicatrices visibles?

—Ni visibles ni invisibles —dijo con una sonrisa la morena.

Los dos hombres la siguieron algo menos nerviosos, fijándose ya en las bien torneadas extremidades que mostraba Rosy gracias a la escasez de tela en su falda.

Atravesaron toda la clínica, llegando al fin a un ala de la misma que daba frente al mar.

En una de aquellas privilegiadas habitaciones se hallaba internado Julio Varela y junto a la puerta de la alcoba había un hombre vestido de paisano, sentado cómodamente en una butaca y leyendo un periódico.

Al escuchar pasos en su dirección, el agente levantó la mirada por encima del periódico y al reconocer al general Varela plegó el diario poniéndose en pie:

—Señor presidente, soy uno de los agentes federales encargados de custodiarles.

Agriamente, el general replicó:

—Pues no parece que realicen su trabajo muy a conciencia.

El agente se excusó:

—Estoy encargado de custodiarlos contra posibles ataques, no contra sus propias imprudencias.

Cavalo, que conocía bien el estado de ánimo del general, trató de suavizar la tensión para que no hubiera un altercado con el agente:

—Un accidente de automóvil no puede preverlo nadie.

El federal se apresuró a añadir:

—Nosotros teníamos un horario sobre lo que debían hacer ustedes, y en esa nota que entregaron no constaba la escapada nocturna de su hijo, señor presidente.

—¡No somos prisioneros de nadie! —Se irritó Varela.

—Lo sé, señor presidente —apaciguó el federal—, pero con el horario que nos dieron era más fácil brindarles protección. Nos ha sorprendido la salida un tanto furtiva de su hijo del hotel en que se hospedaba en compañía de la representante de nuestro Gobierno, Shirley Potters. Como iba con ella, creímos que se trataba de una escapada..., bueno, usted ya me entiende.

—Siga —gruñó arisco el general.

—Mi compañero Purdom quedó vigilando en el hotel para protegerle a usted y yo seguí a la pareja por si tenían dificultades en alguna parte aunque sin deseos de intervenir en las relaciones, digamos sociales, de ambos.

—Sí, sí, le entiendo, sólo vigilancia de rutina.

Tras las palabras suavizadoras del embajador Cavalo, fue el general Varela, que para no ser identificado fácilmente no vestía el uniforme castrense que solía llevar en todas las recepciones, quien preguntó:

—¿Cómo ocurrió?

—Salieron de la ciudad por la carretera 52 y creí que irían a algún club o motel.

—Ahórrese ciertos detalles —exigió Varela más que pidió.

—Bien, la carretera estaba oscura y yo los seguía a prudente distancia para salir en su ayuda si hacía falta. De pronto, fueron contra la cuneta y el automóvil chocó de costado con un grupo rocoso que hay a la izquierda hasta que al fin el coche quedó quieto. Yo me acerqué para auxiliarles y vi sangre en sus cuerpos. El choque o más bien, rascada contra las rocas, no fue demasiado violento pero hirió en especial a su hijo que iba del lado de las rocas.

—¿Estaban los dos conscientes? —preguntó el general.

—Sí, conscientes sí, aunque vacilantes. Por si me lo pregunta le diré que ambos olían a alcohol, por eso traté de solucionarlo todo antes de que interviniera la policía de carreteras.

—Bien, prosiga.

—En aquel instante venía de regreso una ambulancia de esta clínica y se detuvo junto a nosotros, ofreciéndose para traerlos aquí. Como sabía que esta clínica es para millonarios y más que discreta, creí que lo más conveniente para curar a su hijo era internarlo aquí.

—Hizo muy bien. ¿Y la chica?

—Parecía magullada, pero no herida. Vi sangre en sus ropas pero podía ser la de su hijo.

—Quiero que ella me dé inmediatamente una explicación de lo ocurrido.

Rosy, que hasta aquel momento permaneciera callada, intervino aclarando:

—Parece que esa señorita ha desaparecido como un fantasma.

—¿Qué? —inquirió el general.

Morgan, el agente federal, explicó:

—Yo los acompañé hasta la clínica. El hijo de usted había perdido el conocimiento, quizá debido a algún golpe en la cabeza.

—¿Los acompañó usted en la ambulancia? —pregunté Varela.

—No, los seguí a cortísima distancia. En la ambulancia ya no cabía nadie más, ya que iban dos enfermeros, un médico, su hijo y la señorita Potters.

—¿Y cuándo desapareció la señorita Potters?

—Al llegar a la clínica, su hijo fue puesto en una camilla para ser conducido al quirófano y curarle las heridas. Ella dijo que quería ir unos momentos al lavabo. Me despreocupé de ella en aquellos instantes, ya que mi atención se centraba más en la persona de su hijo y cuando regresé por ella, ya no la encontré.

Rosy aclaró:

—La hemos buscado por toda la clínica sin hallarla.

—Que la sigan buscando, tengo interés en hablar con ella. —Varela miró fijamente al federal y casi en tono de amenaza dijo—: Si no la encuentro a ella, si sucede algo desagradable con esa señorita que se llevó a mi hijo del hotel, su Gobierno va a tener problemas que no serán fáciles de resolver, se lo aseguro.

Morgan suspiró un tanto resignado, cuando su deseo hubiera sido replicar agriamente.

—El FBI se encargará de buscarla, señor presidente.

—No quiero movimiento de gente, que nadie se entere de lo ocurrido. La situación es delicada en mi país y los escándalos suelen ser catalizadores demasiado reactivos cuando las tensiones y las pasiones están a punto de estallar.

—Lo imagino, señor presidente. Unos titulares con el accidente de su hijo en primera página, en compañía de una mujer y ambos bebidos, podría hacer mucho daño.

El general fulminó con la mirada al norteamericano y sin decir más, giró el pomo de la puerta entrando en la habitación.

En la estancia sumida en penumbra se hallaba un solo lecho y varias butacas.

Julio Varela respiraba débilmente. Tenía la cabeza vendada pero ningún suero conectado a su cuerpo.

El general se detuvo junto a la cama de su hijo, le cogió la mano y la notó tibia, lo que le dio cierta tranquilidad. Sin embargo, su rostro se encaró con la cabeza vendada e inquirió preocupado:

—¿Cómo está?

En aquel instante se abrió de nuevo la puerta de la habitación y apareció la figura alta, grave, de cabellos casi blancos y perfil anguloso del doctor Perkins.

—No tema, su hijo está en perfectas condiciones —dijo antes de saludar y sin que nadie le preguntara nada.

El presidente, hombre perspicaz, sintió una antipatía inmediata por el médico, pero hizo caso omiso de aquel sentimiento dejando a un lado al hombre para hablar al cirujano:

—Todas esas vendas que lleva en la cabeza, ¿qué ocultan en realidad?

—Poca cosa. Algunos cortes pequeños hechos con los cristales de la ventanilla del automóvil y que apenas dejarán unas cicatrices que a su vez quedarán ocultas por el cabello. Nada más.

—Bien. Después de todo, ha sido una suerte que no haya ocurrido nada grave. —Hizo una pausa y añadió—: Quisiera tener unas palabras con mi hijo.

—Me temo que esta noche no podrá ser. Está bajo los efectos de sedantes y no despertará hasta el amanecer. Vuelva al mediodía y hablará con él.

—¿En cuántos días podrá abandonar la clínica?

—Una semana máximo.

—Es demasiado tiempo. Debo regresar antes a mi país.

El médico, que usaba gafas de fina montura de acero, con los cristales montados al aire, contestó:

—Yo le aconsejaría que se tomara unas pequeñas vacaciones en Miami. Estoy seguro de que el Gobierno de Estados Unidos estaría muy satisfecho de tenerlo como invitado.

—Bien, ya hablaremos mañana de este asunto. —Se dirigió hacia

la puerta pero antes de salir dijo volviéndose—: Vendré mañana y espero que ni una sola palabra sobre lo sucedido salga de esta clínica. Usted, embajador, encárguese de ponerse en contacto con el Gobernador de Florida para que ni mi hijo ni yo seamos molestados.

—Sí, señor presidente —asintió Cavallo.

—Por lo que respecta a la clínica, nada va a saberse, téngalo presente.

—Así lo espero.

El general Varela desapareció con paso rápido y sonoro.

Eran ya muchos los que sabían que el general Varela mimaba a su hijo, preparándolo para que en el futuro un nuevo Varela gobernara Costa Larga.

Aquel incidente podía estropear todo un porvenir preparado concienzuda y meticulosamente, pero él lucharía para que tal cosa no ocurriera.

CAPÍTULO III

Burt Erickson era la clase de hombre capaz de enviar al prójimo al infierno con una sonrisa en la boca. Para él y los de su clase, los matones a sueldo, sólo importaba una cosa: dinero.

Como sea que lo gastaban con facilidad, debían buscar nuevos contratos para seguir teniendo la cartera llena.

Mantuvo el auricular pegado al oído mientras escuchaba atentamente. El pulgar de su derecha se hundía por el interior del borde del pantalón. No usaba chaqueta y encima de la camisa podía verse la cartuchera con una

«P-38»

enfundada y, pegado a ella, un tubo, el silenciador, por si hacía falta para que su labor resultara más discreta.

—Está bien, haremos el trabajo ahora mismo.

Ahorquilló el auricular y miró a Benini, su compañero, un tipo nacido en el barrio latino de Nueva York, pero que vivía en Chicago como él.

Ambos se habían desplazado a Miami en aquella ocasión. Cumplían su trabajo, cobraban y no hacían preguntas. Un servicio completo y eficiente.

Benini, que permanecía sentado en la butaca con aire indolente y los pies sobre la mesita, observó la cicatriz que Burt tenía en la barbilla junto a la comisura izquierda. Pensó que aquella deformidad en el rostro aumentaba su dureza expresiva.

—Bueno —se puso en pie—, quien paga manda, aunque este trabajo no me gusta demasiado.

—No me digas que a estas alturas tienes cosquillas en tu conciencia...

—Será porque los latinos somos más impulsivos, no sé cómo decirte.

El anglosajón era mucho más frío, calculador y sádico que su

compañero, pero admitía que Benini, en situaciones límite, desarrollaba una fuerza y una capacidad de ingenio que él, con su flema, no poseía.

—Matar a una mujer no es más malo que liquidar a un hombre.

—Para mí, las mujeres y los niños son algo distinto.

—Bah, tonterías. Los latinos sólo matáis a las mujeres cuando os ponen protuberancias frontales, celos estúpidos. Entre los de mi raza eso no es frecuente.

—Sí, es más frecuente destripar mujeres o degollar niños.

Burt Erickson miró a su compañero con aires de superioridad y dijo con sarcasmo, aunque Benini sabía bien que aquel sarcasmo iba preñado de amenazas:

—A veces te pones un poco idiota Benini, y eso te puede acarrear conflictos.

—¿Sabes una cosa, Burt?

—¿Qué imbecilidad me vas a contar ahora?

—Este trabajo ya me está cansando. Cualquier día lo dejo.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Benini comprendió que había hablado demasiado. Burt Erickson era un hombre calculador, sabía cuándo debía eliminar un obstáculo.

—Bueno, es que tengo el presentimiento de que voy a dejar el cuero en uno de estos trabajos. Pienso si vale la pena, porque va a ser otro y no yo quien disfrute el dinero que gane.

—¿Empiezas a tener miedo?

—No trates de burlarte de mí, Burt. Sabes bien que antes de que tú pudieras sacar tu pistola yo te habría traspasado el pecho de parte a parte con mi navaja. Si alguien ha intentado llamarte gallina alguna vez, ya no está vivo para contarlo.

Burt Erickson era flemático, pero no tonto precisamente. Al tratar de insultar a Benini vio un brillo en sus ojos que le indicó que estaba en peligro. Aquel latino impulsivo era capaz de hacer lo que había dicho en uno de sus arranques, echando todo el trabajo por la ventana y enviándole a él bajo seis pies de tierra. Sí, era muy capaz de coserlo a puñaladas y, sin embargo, se estaba quejando de que no podía matar a una mujer.

—Será mejor que no discutamos entre nosotros y terminemos el trabajo. Nos pagan bien y debemos realizarlo con eficacia. En pocos

minutos habremos terminado. Abandonaremos el hotel y mañana por la noche, en el Club Piscis, cobraremos. En el avión de la una de la madrugada regresaremos a Chicago y nuestro trabajo en Miami habrá acabado. Seremos dos turistas más llegados a Cabo Kennedy para presenciar el lanzamiento del «Apolo XI».

Junto a la salita que ocupaban estaba la alcoba y hacia ella se dirigieron. Fue Burt Erickson quien dio la luz. Ambos clavaron sus miradas en el lecho, y Benini, palideciendo, exclamó:

—¡Ha desaparecido!

En la cama vacía podían verse las huellas de alguien que había permanecido algunas horas.

Burt Erickson miró hacia la ventana. Estaba cerrada y así lo hizo observar:

—No ha podido escapar, y por la puerta tampoco, ya que hemos estado todo el tiempo en la salita.

—¡Busquémosla!

Tras la exclamación de Benini, Burt Erickson rodeó el lecho, y por el otro lado pudo ver las puntas de unos pies de mujer. Sonrió.

—No hace falta que busques más, Benini. Aquí está nuestra muñeca.

Ella asió por los tobillos y tiró con fuerza sacando de debajo de la cama a una mujer joven, hermosa y de cabellos rubios.

Estaba sólidamente maniatada a la espalda y con los tobillos también sujetos. Una mordaza cubría su boca, pero todas las ligaduras eran largos y finos pañuelos de seda para que no dejaran marca alguna en la delicada epidermis femenina.

—Vaya, conqué la chiquita quería hacernos la jugada —sonrió el norteamericano.

Ella les fulminó con sus grandes ojos verdeturquesa muy abiertos. Los insultos que se agolparon en su garganta no pudieron salir, contenidos por la mordaza.

Burt Erickson intentó abofetear el rostro de la indefensa mujer pero Benini le contuvo el brazo.

—¡Estúpido! Creí que eras más flemático. Si le haces alguna marca en la cara habrás estropeado todo el trabajo.

—Está bien, Benini, pero te lo advierto —gruñó amenazador—, no vuelvas a parar mi mano; podría costarte caro, demasiado caro.

Con rudeza, Burt Erickson tendió a la mujer sobre el lecho.

—Será mejor que terminemos cuanto antes.

—Primero voy a explicarle a ella lo que le va a suceder.

—No es necesario que la tortures.

—Tú haz tu parte y déjame a mí la mía, Benini. Ve al lavabo, disuelve todo el tubo de pastillas somníferas y luego trae el brebaje, que ella se lo tomará para irse al infierno bien dormidita.

Al escuchar aquellas palabras, la mujer se debatió sobre la cama, pero fue inútil intentar soltarse de las ligaduras que la mantenían bien sujeta. Hacía mucho rato que había tratado de deshacerse de ellas sin conseguirlo.

Se había tirado de la cama escondiéndose bajo la misma coa la esperanza de pasar desapercibida, pero no le había salido bien su ingenuo truco ante aquellos asesinos profesionales.

—Está bien, voy por los barbitúricos, pero no le pegues, ya sabes cuáles son las órdenes. Debe parecer un suicidio o como máximo un accidente, nunca un asesinato; se complicarían las cosas.

Benini desapareció en el cuarto de aseo y Burt Erickson, al quedarse solo, observó con cierto placer cómo la fémina se debatía sobre el lecho sin conseguir soltarse.

—Mañana saldrás en las primeras páginas de la prensa, encanto —comenzó a decir, sinuoso—. Muchas estrellas de cine han muerto de la misma forma, un tubo entero de pastillas para dormir... Sólo quedarán tus huellas en el vaso que trasladaremos a tu habitación que, por si no lo sabes, ya que te trajimos aquí dormida, es la que está enfrente de la nuestra. Te quitaremos la ropa, llenaremos la bañera y te dejaremos dentro con mucho cuidado. Cuando mañana entre en tu habitación alguna empleada de la limpieza, te encontrará ahogada, porque el somnífero no tendrá tiempo de matarte, aunque sí de dormirte y hacer que tragues el agua suficiente. En breves minutos dejarás de existir y, la verdad, es una lástima, eres muy hermosa.

La joven pudo oír claramente el batir de una cucharilla dentro de un vaso. Las tabletas de somnífero se estaban disolviendo.

—Es una lástima lo que hacemos, pero todo sea por un puñado de dólares... —Gruñó el latino saliendo del cuarto de aseo.

—Acércate, Benini. Yo le destaparé la boca y tú dejas el vaso en la mesita. La sujetas para que no haga la idiota y yo haré que se trague el somnífero, un somnífero que la hará dormir tanto que

jamás despertará.

Benini hizo lo que Erickson le ordenaba. Depositó el vaso conteniendo un brebaje amarilloverdoso sobre la mesilla y sujetó el cuerpo de la mujer inmovilizándola.

—Tírale del pelo hacia atrás para que no mueva la cabeza. No quiero que se pierda ni una sola, gota.

—O.K. —asintió Benini.

La mujer trató de forcejear, más el tirón de su cabello le hizo saltar las lágrimas de los ojos.

Burt Erickson le bajó la mordaza, y cuando ella quiso gritar, le oprimió la nariz con una mano y le tapó la boca con la otra hasta que se dio cuenta de que le faltaba el aire. Le soltó la boca y ella respiró ansiosa, medio asfixiada.

Erickson aprovechó entonces para coger el vaso y ponérselo entre los labios.

En contra de su voluntad y faltándole el aire, la mujer de ojos aterrados tuvo que tragar el líquido.

—Bueno, ya está —asintió Erickson satisfecho, subiéndole la mordaza de nuevo para taparle la boca—. Dentro de un rato comenzará a dormir y adiós para siempre. Ni Barnard la volverá a la vida. Benini, encárgate de ella. Voy a preparar su habitación. Vigila desde esta puerta y aguarda un par o tres de minutos. Que no pase nadie por el corredor cuando la traslades a la otra habitación. Yo habré dejado la puerta entornada, sólo tendrás que empujar.

—De acuerdo, pero no olvides dejar la puerta entornada. Sería desagradable que alguien me sorprendiera en el corredor con ella a la espalda.

Mientras la mujer, con el medicamento que en cantidad excesiva resultaba letal, semejaba resignada a su suerte. La muerte la estaba envolviendo lentamente con su manto oscuro.

Burt Erickson salió con sigilo y dejó la puerta levemente abierta para que Benini pudiera observarle y protegerle si sucedía algún contratiempo.

El italonorteamericano vio cómo su compañero franqueaba hábilmente la alcoba correspondiente a la muchacha que estaba asesinando de forma tan calculada y fría.

Luego, desapareció en su interior, dejando la puerta muy entornada, en apariencia cerrada, pero bastaba un tenue empujón

para abrirla y penetrar con su víctima cargada a la espalda.

Burt Erickson estaría llenando la bañera, sólo habría que esperar a que la chica, bajo el efecto del barbitúrico, cerrara sus hermosos ojos y, ya carente de fuerzas, no les daría trabajo. La desatarían, la despojarían de la ropa y el encargo se concluiría rápidamente.

—Vamos, encanto —dijo a su víctima, que yacía en el lecho, con la muerte en el estómago, pero todavía bien despierta—. Andando, ya es la hora.

La cogió sin delicadeza, como si fuera un fardo y se la cargó sobre el hombro. Abrió la puerta y, tras comprobar que no venía nadie, se dirigió a la otra puerta entornada. Apenas dos pasos le separaban de ella.

Empujaba ya la puerta de madera cuando una mano inesperada se posó en su hombro libre haciéndole girar.

—¿Adónde va tan aprisa, amigo?

La puerta de la alcoba se abrió, mas Benini no pudo reaccionar a tiempo. Un directo sobre la nariz casi le pegó las pupilas una contra la otra, haciéndoselo ver todo rojo.

La mujer cayó al suelo, y Benini descubrió a un desconocido, alto, elegante de aspecto atlético y cabello abundante.

—¡Hijo de perra! —masculló.

En fracciones de segundo apareció en su mano una navaja automática que emitió un siniestro chasquido al desnudar su puntiaguda hoja de acero.

Yaciendo la mujer en el suelo, comenzó aquella pelea brutal y violenta. Benini trató de hundir un par de pulgadas de su acero en el cuerpo de su adversario.

El hampón pronto comprendió que aquel hombre no era enemigo fácil y que debía de ser todo un especialista en judo, jiu-jitsu y karate.

Un golpe con el canto de la diestra por parte del desconocido, que no era otro que Fred Lamban, hizo saltar el arma de su mano.

Benini, desarmado, quedó vacilante, de espaldas al umbral de la puerta de la habitación en que pretendiera entrar.

De pronto, se contrajo, y como si algo le hubiera empujado hacia adelante fue a parar a los brazos de Lamban.

Fred se dio cuenta de que aquel hombre no trataba de atacarle, sino todo lo contrario. De no ser por sus brazos, que lo sostuvieron,

se habría derrumbado como un saco de tubérculos.

No tardó en descubrir en la espalda de Benini un pequeño orificio, producido por un balazo, mas él no había oído el disparo.

—¡Maldita sea! —masculló.

Lanzó el cuerpo de Benini hacia el interior de la habitación y saltó por encima de éste.

En la salita no había nadie, en la habitación tampoco. En el cuarto de aseo, la bañera se iba llenando sola, y la ventana aparecía abierta.

Fred se asomó a ella y pudo ver la escalera de incendios que daba a un húmedo callejón. Tuvo tiempo de descubrir a un hombre que corría y no le cupo duda de que se trataba del asesino de Benini.

—Pronto volveremos a encontrarnos.

No era aquél el momento de salir en persecución del fugitivo que asesinara a su compañero por la espalda para que no hablara al ver que la situación se ponía fea, ya que él, desde el interior de la habitación, no podía saber cuánta gente había en el corredor. Sólo sabía una cosa: si quería salvar el pellejo debía huir, y así lo había hecho.

Fred Lamban retrocedió. Empujó el cuerpo de Benini hacia la salita y luego recogió a la joven, cuyos párpados comenzaban a cerrarse.

Se apresuró a quitarle la mordaza tras cerrar la puerta. Rápidamente, inquirió:

—Tú eres Shirley Potters, ¿verdad, encanto?

—Sí, me muero...

—¿Cómo dices?

—Me han envenenado con una sobredosis de somníferos, y ahora querían meterme en mi bañera para que me encontraran ahogada... —balbució. El sueño se apoderaba de ella por momentos.

Fred Lamban llevó a la mujer hasta el lavabo e hizo allí una cosa que probablemente desagradó a la joven, mas no quedaba otro remedio.

Cuando hasta la última papilla hubo salido ferozmente de su estómago, Fred la desató y la puso bajo la ducha fría al tiempo que le abofeteaba el rostro impidiendo que se durmiera.

Shirley, tras aquel drástico tratamiento, no tuvo fuerzas para gritar ni rebelarse. Fred Lamban consiguió que casi todo el somnífero que había tragado fuera expulsado, y sólo una leve parte del mismo pasó a su sangre, provocándole un sueño en el que Fred no la dejaba sumirse.

Chorreando, la dejó derecha en mitad del cuarto de aseo.

—Quieta ahí y no te muevas para nada —ordenó—. Mantente en pie hasta que regrese.

Antes de marcharse, observó la bañera y pensó que la chica podía meterse dentro en su estado de semiinconsciencia y que durmiendo se podía ahogar en pocos instantes. La destapó y una vez vacía, abrió la puerta observando el corredor desierto. Nadie en el hotel se había percatado de la rápida y silenciosa pelea.

La puerta del otro lado permanecía abierta y hacia ella llevó el cadáver de Benini. Cerró la puerta y tras asegurarse de no dejar ninguna huella, regresó a la alcoba de Shirley.

Comprobó que la joven seguía en pie y se dirigió al teléfono que había en la mesita de noche. Lo descolgó pidiendo:

—Por favor, suban un par de bolsas de hielo para aliviar una jaqueca a la habitación ciento cuarenta y dos.

Tras ahorquillar el aparato, regresó al cuarto de aseo. Shirley Potters continuaba en pie, pero con los párpados cerrados. El potente somnífero había causado estragos en el hermoso y grácil cuerpo de la rubia.

CAPÍTULO IV

Ramón Cavalo, diplomático de profesión, supo disimular la ironía de su rostro al mirar al general Varela tras que éste le ordenara, con su habitual despotismo:

—Quiero que controle la situación, Cavalo, y cuide de hacerlo bien o perderá su puesto como embajador. Nuestro país no es muy rico, sólo hay petróleo, cacao, café y caña de azúcar. Quizá lo que mucha gente necesita es cortar caña bajo el sol con la espalda desnuda.

—Sí, señor presidente, pero si...

—¿Sí, qué? —preguntó ceñudo.

Cavalo, menos expresivo que el militar que ocupaba el más alto cargo de su nación centroamericana, apenas pudo contener una sonrisa.

—Si me disculpa el atrevimiento...

—Vamos, hable.

—Verá, creo que Costa Larga no es tan pobre como usted dice, señor presidente.

—¿Ah, no? ¿Quiere decir que somos ricos?

—No, quiero decir que hay muchos pobres, mejor miserables, y muy pocos ricos, pero el petróleo, el azúcar, el cacao y el café han dado mucho oro.

—Que está bien guardado en la bóveda del Banco Nacional, no vaya a olvidarlo.

—Por supuesto que no, señor presidente. Pocos conocen la existencia de tanto oro y los pocos que lo saben, tampoco desconocen que sólo usted, señor presidente, puede abrir la bóveda secreta del Banco Nacional, lo que quiere decir que, sin su orden, sin su presencia, ni un potente cañón lograría sacar el oro del Banco.

—Exacto. Hay demasiados ladrones que querrían apoderarse del

oro de Costa Larga. Es necesario que alguien lo proteja con mucho celo y la persona más indicada soy yo.

—Sería sorprendente que alguna vez, cuando se abra la gran caja fuerte con más de veinte pulgadas de espesor del mejor acero del mundo, una caja fuerte construida meticulosamente por una firma británica, se encontrara vacía.

—¿Qué está insinuando, Cavallo?

—Oh, nada, señor presidente, sólo pensamientos.

—Pensamientos estúpidos. Esa caja no se encontrará nunca vacía porque yo no permitiré que de su interior salga un gramo de oro sin ser controlado por mí mismo. —Sonrió con sarcasmo—. Dicen que soy un dictador y no un presidente. Un déspota, un demagogo, quizá sea poco diplomático y nada cínico, pero el oro de Costa Larga es de la nación y de nadie en particular.

Siempre mordaz, Cavallo preguntó:

—¿Y para qué sirve dentro de la caja fuerte si las tres cuartas partes del país están atenazadas por la miseria?

—Su pregunta me parece insultante, pero le responderé. Algunos creen que ese oro que compro con las divisas que entran por la exportación de nuestros productos, como el petróleo, azúcar, café o cacao, van a parar a mi bolsillo personal. Como hay muchos presidentes que cuando son derrocados van a otro país y allí viven opulentamente con el oro sacado previamente de su patria y custodiado por Bancos extranjeros que se dedican a esos fines repugnantes, opinan lo mismo de mí. Si me echaran de Costa Larga, le aseguro que me moriría de hambre, pues no tengo ni una sola moneda en Bancos extranjeros. Toda la fortuna de Costa Larga, todo ese oro de la nación, está bien custodiado en el Banco Nacional y protegido por las fuerzas de seguridad y del ejército. El día que considere que hay suficiente, haremos la Costa Larga grande, la Costa Larga industrial, avanzada.

—¿Y por qué no comenzar a construirla ahora, señor presidente?

—Porque lo primero que hay que hacer es educar a los niños de Costa Larga. Han de aprender y prepararse. Ahora, sólo quiero escuelas y becas para que estudien en países adelantados. Luego, cuando esta juventud demuestre que vale, el oro servirá para hacer un gran país. Dígame, Cavallo, ¿de qué serviría montar ahora industrias grandes de precisión como las hay en Norteamérica,

Rusia, Japón, o en la Europa occidental, si no tenemos la mano de obra cualificada para hacerlas funcionar? Tendríamos que llenar nuestra nación de mano extranjera que ocuparía los mejores puestos y nuestro pueblo seguiría abajo. No, aceptemos a los extranjeros, pero no para que nos arrebaten lo nuestro. Ninguna firma extranjera explotará nuestras minas, nuestros yacimientos y nuestras tierras. ¡Primero prepararemos a nuestro país, y luego saldrá el oro del Banco Nacional! Para eso lo precisa Costa Larga.

—¿Y los que mueren de hambre, de miseria, señor presidente?

—Lo siento. Cuando hay una guerra también caen los soldados inocentes que no trataron de iniciarla. Esto no es más que una gran batalla hacia la paz, hacia la grandeza del país. Ellos sufrirán, pero sus hijos, sus nietos, se elevarán orgullosos y altivos, fuertes sobre sus sudores. Algún día lo entenderán, aunque no espero que me comprendan a mí, a mi pensamiento un tanto militar y poco diplomático. Concibo el engrandecimiento de nuestra patria como una gran batalla y no cambiaré mi forma de luchar. Equivocado o no, ése es mi lema.

—Usted sabe lo que hace, señor presidente. Por algo es el primer mandatario de la nación.

El general Varela, receloso y suspicaz de todo y de todos, creyó ver un afilado sarcasmo en las últimas palabras de Cavallo, el embajador de su patria en Estados Unidos.

Sentía que el cargo le pesaba enormemente y más que de ayudantes, se veía rodeado de lobos y chacales dispuestos a dar dentelladas a todo lo que pudieran sacar de la gran carnada.

Cuando Varela, que ahora vestía de uniforme como solía hacer siempre, desapareció hacia la habitación, el embajador murmuró para sí:

—El porvenir en los hijos, qué estupidez...

Al entrar en su habitación, el general Varela cerró la puerta y encendió la luz. Quedó sorprendido al descubrir a un hombre sentado en una de las butacas y fumando parsimoniosamente. Era indudable que aquel hombre no pertenecía a su país. Algo moreno, tenía rasgos caucásicos.

—¿Quién es usted, qué hace aquí, por dónde ha entrado?

—Son tres preguntas, general, o ¿prefiere que le llame presidente?

—Responda o doy la alarma para que la policía se le lleve detenido.

—No será necesario que lo haga, general. He venido para charlar amistosamente.

—No suelo hablar con personas desconocidas.

—Eso es fácil de arreglar. Me llamo Fred Lamban, en cuanto a mi modo de entrar aquí, no creo que sea conveniente decírselo. Son secretos de profesión.

—¿Acaso es usted un ladrón de hoteles o casas?

—Déjelo en un aventurero, alguien que desea ayudarlo.

—¿Ayudarme? —repitió Varela, perplejo.

—Eso he dicho.

—No creo necesitar ayuda de nadie y menos de usted, señor Lamban.

—Lamban a secas, no soy vanidoso. En cuanto a la ayuda que le brindo, no la desprecie.

—Le he dicho que no necesito ayuda. Lárguese por donde haya venido y me olvidaré de que le he visto. Piense que a su Gobierno no le agradaría que yo fuera molestado por un intruso. Aun no entiendo cómo ha podido escapar a la vigilancia que ejercen sobre mí los hombres del FBI, tendré que pensar que ese cuerpo tan famoso no es tan eficaz como cuentan.

—Supongo que tiene motivos para quejarse, pero escúcheme unos minutos.

—Es usted un pesado, le concedo cinco minutos. Si al terminar ese tiempo no se ha marchado, llamaré a la vigilancia y serán los agentes del FBI quienes tengan que escuchar sus historietas.

—Cinco minutos no es mucho, pero trataré de aprovecharlos al máximo.

—Empiece; una parte de ellos ya ha transcurrido.

—General, usted tiene problemas con su hijo.

Varela empuqueñeció sus pupilas, receloso. Cautó al mismo tiempo, inquirió:

—¿Qué sabe usted de mi hijo?

—Que ha sufrido un accidente, que le acompañaba una chica y que ambos habían bebido un poco. Que ahora está recluido en la clínica Hipócrates.

—¿Es usted periodista?

—No.

—Ya, tendré que creer que es un aventurero, pero ¿con o sin escrúpulos?

—Bueno, eso es difícil de decir. A veces, la vida nos hace ser un poco duros —admitió Lamban.

—Le advierto que si ha venido a chantajearme...

—No se precipite, general. Por adelantado, no soy ningún chantajista. Véame como un investigador privado que quiere ayudarle.

—¿Quién le ha dado los datos sobre lo ocurrido a mi hijo?

—Secretos de profesión, ya se lo he dicho. Esas menudencias no merecen la pena ser contadas.

—Bien, yo sí le diré una cosa Lamban o cualquiera que sea su nombre. No me hace falta su ayuda. El problema de mi hijo ya está solucionado, y para que todo termine bien, sólo hace falta silencio y discreción. ¿Acaso usted pretende estropearlo todo?

—No, por supuesto, ya le he dicho que no vengo a chantajearle, no soy de esa clase, pero tengo el presentimiento de que su hijo va a tener conflictos y es conveniente que usted lo sepa y esté preparado para afrontarlos.

—¿Mi hijo más problemas? ¿Qué clase de problemas?

—Aún no puedo decírselo, pero estoy seguro de que los tendrá y a usted no le convendrá recurrir a las autoridades norteamericanas ni, por supuesto, a su policía, la de Costa Larga, aquí en Florida. Nada podrá hacer.

—¿Y por qué no podría recurrir a las autoridades de Estados Unidos?

—Porque usted querrá que todo siga por el mismo camino de la discreción y que no se trasluzca en la prensa nada que pueda ser un escándalo. Además, si tiene problemas con su hijo, no se fíe de nadie.

—¿Y de usted sí debo fiarme?

—Sé que es difícil confiar en un desconocido, pero, a veces, es el mejor sistema para solucionar lo insoluble.

—¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—No, general. Verá, creo que su hijo ha caído en una trampa que todavía no acabo de entender.

—¿Una trampa? Eso es una estupidez. Hace poco que le he visto

yo mismo y se está recuperando de las leves heridas que sufrió en el accidente de carretera.

—Verá, general, no le hablo porque sí. Shirley Potters...

—¡Diablos! ¿Dónde está esa chica, acaso usted lo sabe?

—Sí.

—¡Dígamelo inmediatamente, quiero hablar con ella!

—No puede ser. Ahora se está recuperando.

—¿De las heridas del accidente?

—No. Creo que Shirley Potters no era la mujer que iba con su hijo.

Varela parpadeó visiblemente ante lo que consideraba una incongruencia.

—No diga tonterías. Ella iba con mi hijo, la vieron.

—A ella no, a la mujer que probablemente quisieron hacer pasar por ella, sí.

—¿Qué insinúa?

—Lo que le he dicho antes, que me temo que su hijo está en una trampa y que si necesita ayuda me la pida. Confíe en mí completamente. Por todos los medios a mi alcance trataré de sacarle del apuro.

—¿A cambio de qué?

Fred Lamban pensó que no podía explicarle que él era uno de esos extraños hombres contratados por los gobiernos para los asuntos difíciles en los que el propio Gobierno no podía mezclarse. Tenía prohibido decirle la verdad, debía seguir fingiendo que era un aventurero.

—Por unos dólares, no soy muy ambicioso. Digamos que me gusta ayudar al prójimo cuando se encuentra en dificultades.

—Sigo pensando que no hay problemas con mi hijo, que su ayuda me es innecesaria y, le seré franco, no me fío de usted.

—Yo también le seré franco. No le hubiera creído de decirme lo contrario, y ahora, ¿no quiere saber nada más sobre lo ocurrido con Shirley Potters?

—¿Trata de embaucarme?

—No, sólo trato de decirle que Shirley Potters estuvo a punto de ser asesinada por dos matones profesionales de Chicago. Esa gente no son maníacos que matan porque sí, suelen estar pagados por alguien.

—Sólo hay que leer un poco la prensa de ustedes para darse cuenta de que cosas como esa suceden a diario en su macropaís.

—Es posible, pero el intento de homicidio con Shirley Potters puede tener mucho que ver con su hijo.

—Yo no lo considero así. Quizá esa chica tenga sus problemas particulares, los cuales no nos incumben a mi hijo ni a mí. No vamos a dejar que nos envuelvan en líos de matones a sueldo.

—Comprendo su suspicacia, general. Un escándalo con sicarios en la prensa mundial, sería nefasto para su país, o, mejor dicho, para usted. Tendría muchos problemas y dificultades para mantenerse en la presidencia. Nadie ignora que hay grupos de presión que tratan de derrocarlo y que Estados Unidos le ayudan en lo que les está permitido. Ahora, como creo que en estos momentos no tengo más argumentos para convencerle, le dejo mi teléfono. — Se lo apuntó en el bloc que había junto al aparato telefónico. Luego, se dirigió a la puerta de entrada—. Si lo juzga necesario, llámeme, le ayudaré con gusto y por el precio no discutiremos. —Cuando llegó a la puerta, ante el mutismo de su interlocutor, agregó—: Se me olvidaba. Uno de los matones a sueldo que trataba de asesinar a Shirley Potters escapó del hotel.

—¿Y el otro?

—Imagino que en estos momentos está en la Morgue tratando de ser identificado por la policía.

Abrió la puerta y salió, sabiendo que los vigilantes preguntaban a quién entraba, no a quien salía.

CAPÍTULO V

Cuando Rosy Berner colgó el auricular, tenía las cejas arqueadas por la preocupación. Apretó los labios y volvió a deshorquillar el teléfono marcando un breve guarismo.

—¿Doctor Perkins?

Escuchó unos breves instantes y no tardó en oírse una voz masculina al otro lado del hilo.

—¿Eres tú, Rosy?

—Sí, yo misma.

—¿Sucedé algo?

—Creo que sí.

—Aguarda. ¿Estás utilizando la línea interior automática?

—Sí, siempre que hablo contigo la empleo.

—Bien, entonces habla sin reparos.

—De acuerdo, Lee.

Era evidente que entre la encargada de relaciones públicas de la clínica Hipócrates y el cirujano Lee Perkins había algo más que el trato cordial entre compañeros de trabajo, aunque en público mantenían siempre las apariencias.

—Veamos, Rosy, ¿qué pasa? ¿Es relativo a Julio Varela?

—Sí.

—¿Su padre, acaso?

—Sí.

—¿Está en la clínica?

—Acaban de notificarme su llegada.

—¡Maldita sea! ¿Qué querrá tan pronto?

—Lo ignoro.

—Le dijimos que viniera sobre el mediodía.

—Lo sé, y es el principio de la mañana. ¿Crees que recelará algo?

—No, no lo creo. Todavía no se ha dicho nada sobre nuestros

planes, ni siquiera el federal que custodia la puerta de Varela intuye nada. Creo que no hay motivo para inquietarse.

—Pero, la llegada del presidente Varela lo precipita todo.

—Sí, un poco, pero por los datos que me ha dado el ayudante Morris, Julio Varela se ha repuesto rápidamente de la intervención gracias a su naturaleza joven y vigorosa. Creo que no será arriesgado adelantarlo todo, unas horas.

—¿No será demasiado reciente la implantación?

—De ser más viejo, quizá, pero opino que todo se puede arreglar, claro que hay que entretenerlo hasta que terminemos de arreglar a Julio Varela.

—¿Y cuánto tardaréis? De un instante a otro, el presidente llegará a la recepción, y si le intercepto se dirigirá automáticamente a la habitación de su hijo.

—Debes cortarle el paso y entretenerlo en la sala de visitas hasta las ocho treinta.

—¿Y luego qué?

—Descuida, yo lo arreglaré todo. Emplea los ardides que prefieras, pero córtale el paso.

—De acuerdo, Lee, hasta las ocho y treinta.

—Adiós, encanto, todo saldrá bien y dentro de poco tiempo, ninguna mujer habrá colgado tantos diamantes alrededor de su cuello como los que adornarán el tuyo.

—Eso espero. No quiero arriesgarme para nada.

Rosy Berner colgó el auricular y con la bata que vestía se miró al espejo colgado de una de las paredes de su despacho particular. Según su opinión, en los cuadros no había figura más bella que la suya propia. Por lo tanto, si había que enmarcar algo, eran espejos para admirar su belleza.

Se quitó la bata y estiró sobre las caderas el ajustadísimo jersey blanco que cubría su busto.

Se arregló el cabello con la mano en un ademán instintivo de femineidad y salió del despacho mostrando, gracias a la reducida minifalda, las cuatro quintas partes de unas piernas largas y bien moldeadas.

—Señor presidente...

La llamada de la fémina se produjo cuando ya el general rebasaba la recepción. Como había intuido Rosy, Varela se dirigía

automáticamente a la habitación de su hijo.

Varela se volvió y miró a la hermosa mujer.

Era un general, un presidente, pero sus pupilas, pese a haber rebasado la cincuentena, brillaron ligeramente ante el esplendor de la mujer que sonreía generosa. Aquellos labios semejaban ofrecer algo más que un simple trato social, eso era algo que un hombre intuía con un leve movimiento de la boca de una mujer.

—Buenos días señorita; Rosy creo que se llama, ¿verdad?

—Sí, señor presidente, llámeme Rosy y olvídense del usted. Todo un personaje ante una simple ciudadana como yo, aunque seamos de países distintos...

—Por Dios, Rosy, no diga niñadas. Trataré de tutearla, pero discúlpeme si no lo consigo con facilidad. La fuerza de la costumbre...

—Disculpado, señor presidente.

—Llámeme Varela.

—Como quiera, Varela —musitó ella.

—Magnífico. Mi apellido suena bien en sus labios.

—Me temo que no ha venido a la clínica a dedicarme sus halagos.

El general suspiró.

—Verá, Rosy, estoy intranquilo por mi hijo.

—¿Intranquilo, por qué?

—No sé, un presentimiento.

—¿Un presentimiento?

—Sí.

—Pero ¿sobre qué?

—Bueno, en realidad, no es un presentimiento. Alguien me ha creado inquietudes.

—¿Respecto a su hijo?

—Sí.

Ella arqueó nuevamente sus cejas delgadas, aunque hacía esfuerzos por mantener la sinuosa sonrisa, mostrando una dentadura nivea e impecable.

—Si su hijo sólo tuvo un tropiezo sin importancia. Creo que se recuperará rápidamente, antes de lo que usted piensa.

—Eso espero. Voy a ir a verlo.

Hizo ademán de dirigirse a la alcoba de Julio, pero ella se

adelantó cortándole el paso con una sonrisa aún más amplia.

—Aguarde un momento, Varela. Venga conmigo a la sala de visitas.

—¿A la sala de visitas, por qué?

—Están cambiando las curas a su hijo y será mejor que esperemos unos minutos hasta que el doctor Perkins y sus ayudantes terminen.

—¿Cuánto llevará eso?

—Sólo unos minutos. Confío no hacerle pesada la espera con mi compañía.

El general suspiró levemente.

—Está bien, vayamos a la sala de visitas. He de acudir a una recepción de economistas, pero creo que puedo aguardar unos minutos siempre que no sean demasiados. Por supuesto, tú no harás más pesada la estancia, todo lo contrario.

El orgullo de Rosy se sintió halagado al ver que su belleza había hecho mella en la sensibilidad masculina del presidente Varela.

La mujer se adelantó un par de pasos para abrir la puerta de la salita. Franqueó la hoja y, con un ademán, invitó al general a que pasara primero.

La sala de visitas estaba decorada funcionalmente. Había dos juegos de tresillos con sendas mesitas pequeñas, tres revisteros y varios ceniceros de pie. Unas pinturas colgadas en las paredes recordaban situaciones de la Medicina en tiempos pasados.

La luz era indirecta, para que no molestara a los ojos y a la vez resultara tranquilizante.

El general Varela escogió uno de los mullidos sofás para acomodarse, y Rosy se sentó junto a él, despreocupándose totalmente de su falda.

—¿Tiene un cigarrillo, por favor?

—Oh, sí, por supuesto. Son oriundos de mi país los que fumo, no sé si le agradarán.

—¿Es tabaco negro?

—Sí.

—Entonces, me gustarán más. No soy de las que fuman por cursilería, prefiero el negro si es bueno, y Costa Larga tiene fama de producir un tabaco excelente.

—Gracias por la parte que me corresponde como nativo de Costa

Larga.

—Usted es algo más que un nativo de Cesta Larga, Varela.

—¿Ah, sí? —preguntó él mientras le tendía el paquete de cigarrillos. Ella cogió uno para llevárselo a los labios.

—Sí. Usted es el primer hombre de su nación.

Tras aquellas palabras, Rosy esperó la llama del mechero que encendió la punta del pitillo.

—Creo que recibiendo halagos salgo ganando yo, Rosy. Se nota que eres una excelente *public relations*.

—Le aseguro que mi franqueza con usted no es puro oficio sino sinceridad.

—Me abrumas.

Ella expulsó el humo por la nariz tras retenerlo durante algunos instantes en sus pulmones. Luego, como si no diera importancia a la conversación, tras dar una ojeada a su pequeño reloj de pulsera para ver cuántos minutos le quedaban para continuar entreteniéndolo al presidente, dijo:

—Hoy no ha venido el embajador Cavalo con usted.

—Es que la determinación de venir tan temprano la he tomado esta mañana. No he podido dormir pensando en mi hijo. Como las obligaciones sociales retuvieron en una recepción de gala ayer por la noche al embajador, no he querido molestarle para que me acompañara.

—Claro, es lógico. La vida de los diplomáticos debe ser muy agobiante.

—Y a veces pesada —añadió él.

—Pero en esas fiestas a las que asisten tendrán muchos alicientes.

—No crea, Rosy. En ocasiones, cuando uno está en esas fiestas, lo que más desearía es marcharse al hotel, encerrarse en la habitación, descalzarse y leer un buen libro.

—No me lo imagino a usted con bata y zapatillas.

—Desde que murió mi esposa no suelo hacerlo mucho, pero me agradaría.

—¿Acaso necesita la compañía de una mujer cuando está en bata y zapatillas para sentirse más a gusto?

El la miró, y Rosy se recostó en el sofá hacia atrás. Era un hombre maduro y ella no era ninguna niña, tendría unos veintiséis

años. Sintió deseos de besarla, pero como acostumbraba a pensar antes de actuar, lo que siempre le había dado buenos resultados, se dijo que lo mejor era preocuparse de su hijo Julio. Rosy siguió aguardando, sin demostrarlo, una efusión masculina.

Observó de reojo al hombre y se dio cuenta de que en aquellos momentos, por aquel camino, no lograría dominarlo. El general prefería mirar hacia una de las pinturas. Era mucho más seguro para su integridad moral, ya que si se mostraba afectivo con aquella hermosa y halagadora mujer podría sorprenderles alguien y el resultado sería funesto habida cuenta del cargo tan importante que ostentaba en su nación.

Cambiando de táctica, Rosy preguntó:

—¿Ha sido el embajador Cavallo quien le ha inquietado con presentimientos respecto a su hijo?

—Oh, no. Escuché las palabras de alguien al que tenía que haber despedido más enérgicamente desde el primer momento en que comenzó a hablar.

—¿Algún compatriota mío ese personaje?

—Sí.

Rosy pareció preocupada y no logró disimularlo.

—¿Es alguien de la clínica?

El general Varela no llegó a responder. En aquel instante se abrió la puerta de la salita dando paso a la figura alta y con cabellos plateados del doctor Lee Perkins.

—Buenos días, señor presidente.

Sin conseguir disimular un gesto de decepción, Varela se puso en pie.

—Buenos días, doctor. ¿Y mi hijo?

El médico sonrió. Había algo de cínico sarcasmo en sus labios delgados.

—Sé lo que usted aprecia a los jóvenes, a la nueva generación y no digamos a su hijo, señor presidente, pero no se impaciente. Está aquí, mis ayudantes lo acompañan.

Dos jóvenes médicos internos, vestidos de blanco, caminaban junto a Julio Varela, que sonreía forzosamente. Tenía la tez muy blanca. Andaba por sí solo, pero de un modo vacilante, por ello estaban junto a él los dos médicos para ayudarle si corría el peligro de caer al suelo.

Julio Varela no llevaba en su cuerpo ninguna clase de vendajes visibles a simple vista. Aquello agradó mucho al presidente.

—Julio, hijo, ¿cómo te sientes?

—Algo débil papá, pero creo que gracias al doctor Perkins bastante bien.

—Será mejor que su hijo se acomode en una de las butacas, señor presidente.

—Sí, sí, por supuesto —asintió rápidamente el general, ayudando a su hijo a sentarse. Inconscientemente, demostró el gran amor que sentía por el joven teniente y, según su pensamiento, futuro presidente de Costa Larga.

—Señor presidente, nos hemos permitido que el sastre de la clínica confeccionara un traje para su hijo, ya que el que llevaba durante el accidente estaba deteriorado. Naturalmente, lo cargaremos a su cuenta si usted no tiene inconveniente.

—Claro que no, doctor Perkins, pero dígame, ¿podrá marcharse ya conmigo?

—No.

—¿Por qué? Le veo pálido y algo vacilante, pero bien.

—Verá, señor presidente, esta clínica, siempre muy discreta, procura retener el mínimo de tiempo a sus pacientes y para ello poseemos una serie de técnicas depuradas de cirugía estética para hacer desaparecer cicatrices de ciertas artistas de cine que no desean que nadie las vea con ellas. Disimulamos con cosméticos y aditamentos plásticos heridas en lugares visibles como piernas, brazos, rostro.

—¿Quiere decir que mi hijo lleva algo especial para disimular sus heridas?

—En el rostro no, pero en la cabeza sí.

El general clavó su mirada en la cabeza del muchacho.

—Verá, sufrió una delicada, pero pequeña intervención en el cráneo y para que nadie se percate de ello, le hemos aplicado unos apósitos de nuestra invención muy delgados que luego quedan cubiertos con tela adhesiva sobre la que están pegados cabellos propios de su hijo, cortados de otros lugares del cuero cabelludo. Son trabajos laboriosos, pero cuando su hijo salga de aquí, en un par o tres de días, ya más fuerte y repuesto y siempre que estemos seguros de que ninguna de las heridas puede ocasionar

complicación posterior, nadie se enterará en lo que a lesiones respecta, que su hijo tuvo un accidente de automóvil.

—Magnífico, doctor. Está haciendo un trabajo perfecto.

—Gracias, pero antes de felicitarme es necesario que vea usted algo más sobre su hijo.

—¿El qué?

El doctor Perkins hundió disimuladamente la mano en el bolsillo de su bata donde algo abultaba ligeramente y dijo:

—Fíjese en el muchacho.

El rostro del joven Julio palideció aún más y, paulatinamente fue abriendo los ojos como si quisiera desorbitarlos.

—¡Dios mío! —arguyó angustiado, atenazado por un dolor que parecía centrarse en su cráneo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió el general, alarmado.

—Observe y no haga preguntas —replicó Perkins mientras Rosy Berner, tras ellos, observaba indiferente a Julio Varela, que abría la boca como si le faltara aire.

—¡Dios mío, Dios mío, doctor, arránqueme ese dolor de la cabeza! ¡Es como un casco de acero que me oprime y me oprime, que me aplasta!

Julio Varela, dominado por el dolor, quiso llevarse las manos a la cabeza, pero los dos jóvenes médicos a las órdenes de su superior, se lo impidieron sujetándole los brazos contra el sillón.

—¿Por qué lo cogen de esa forma? —inquirió Varela, molesto y preocupado por lo que estaba sucediendo. Los nubarrones de la tragedia volvían a cernirse sobre su hijo.

—Si le dejaran llevarse las manos a la cabeza, en el enajenamiento causado por el dolor, podría arrancarse el apósito especial que le hemos aplicado.

—¿Y eso sería grave?

Ante la angustia del general, el doctor Perkins asintió:

—Podría ser mortal, claro que cuando la cicatriz se haya curado no hará falta el apósito y sí podrá llevarse las manos a la cabeza sin cuidado.

El dolor aumentó de tal forma que de la garganta del joven Julio escapó un grito infrahumano. Quedó lívido como un cadáver, los ojos semejaron saltar de sus cuencas.

—Pero doctor, ¿qué le sucede, por qué no lo cura?

De súbito, la cabeza de Julio Varela, incapaz de resistir más dolor, cayó inerte hacia delante.

—¿Qué le pasa? —gritó Varela.

—Que no ha podido soportar más dolor. Ahora está un poco débil, pero cuando se halle mejor resistirá ese horrible dolor mucho más rato.

—Pero ¿qué está diciendo doctor, por qué ha de soportar ese dolor?

—De usted depende que lo sufra o no, señor presidente. Ahora, su hijo ha quedado inconsciente, mas lo que le provoca el dolor puede continuar su obra destructora y causarle la muerte sin que nadie logre evitarlo.

—¡No entiendo nada! ¿Qué le ha pasado a mi hijo en la cabeza?

—Es hora ya de que seamos francos en este juego. Pondremos las cartas boca arriba. Su hijo sufrirá esos ataques de dolor craneal a voluntad mía, es decir, cuando yo quiera.

—¿Qué? —inquirió con el ceño fruncido, casi sin comprender.

—Su hijo está a mi merced, no vaya a olvidársele. Si usted se porta bien y obedece las instrucciones que se le den, su hijo vivirá normalmente. No hay nada que pueda estorbarle. Si usted titubea, su hijo sufrirá tanto dolor que maldecirá el haber nacido.

—¿Qué le han hecho a mi hijo? —inquirió Varela, tratando de abalanzarse sobre el flemático doctor Perkins.

Los dos jóvenes médicos internos a las órdenes de Perkins lo sujetaron por los brazos sólidamente, mientras Rosy fumaba un pitillo de Costa Larga, observándolo todo sin intervenir.

—Es conveniente que siga escuchando lo que he de decirle. Recuérdele, si usted titubea, su hijo sufrirá tortura craneal sin que nadie pueda evitarlo. Le advierto que si le inyectan alguna droga calmante, al disolverse en la sangre activará una minúscula cápsula que tiene incrustada en el cerebro y que le daría muerte en breves instantes. Aunque su hijo esté a mil millas de distancia morirá si yo oprimo un solo botón. Cuando dentro de tres o cuatro días yo se lo entregue, podré ejecutarlo si usted no obedece mis instrucciones. Ni siquiera es necesario que yo sepa dónde se encuentra.

—¡Malditos! ¿Qué le han puesto a mi hijo en la cabeza?

—Un diminuto aparato, muy especial, complicado y costoso —aclaró el doctor Perkins—. Ah, cuando se lleve a su hijo, no se le

ocurra llevarlo a otro cirujano para que le quite lo que yo le he incrustado en el cerebro. Sería el fin de Julio Varela. En el momento que trataran de sacárselo se disolvería el poderosísimo veneno que va en la microcápsula pegada a la masa cerebral y, ya sabe, duraría breves segundos.

—¿Quiere decir que Julio estará toda la vida sometido a su voluntad, a lo que usted quiera hacer con él? —farfulló rabiosamente el general Varela.

—Sí, y usted también, señor presidente, si es que en algo aprecia la vida de su hijo. Pero, no se lo tome a lo trágico. Su hijo podrá ir a todas partes con usted y no es necesario que él sospeche que está en constante peligro de muerte, que puede caer bajo una simple orden mía, dada a distancia. El ahora no se entera de nada y no hace falta que en el futuro lo sepa si usted obedece, claro. Los titubeos los pagará su hijo con fortísimos ataques de dolor que nadie podrá mitigar con drogas o causarían su muerte. Nadie se enterará de nada, aquí lo hacemos todo con suma discreción y es posible que su hijo llegue a ocupar la presidencia de Costa Larga si usted obedece nuestras instrucciones.

—¿Cuánto quieren a cambio de la total libertad de mi hijo, por quitarle ese endiablado artefacto que han incrustado en su cerebro?

—Eso ya se lo iremos diciendo a su tiempo, descuide. Tampoco queremos que nadie en su país se entere de lo que va a suceder y, por supuesto, no habrá escándalo a escala mundial. Puede marcharse ahora, nosotros cuidaremos de Julio. Usted cumpla con sus obligaciones político-sociales. Le devolveremos a su hijo, no tenemos ningún interés en retenerlo porque es nuestro esté donde esté y en cada momento del día. Pórtese bien y a él no le sucederá nada. Ah, y no se le vaya a ocurrir avisar a la policía, lo sabríamos inmediatamente. Tenemos oídos en todas partes, y burlar a un agente del FBI no nos cuesta mucho. Por la clínica anda uno tomándose un desayuno y sin enterarse de nada. Cuando salga, le sonreiremos todos. Claro que si usted se empeña en avisar a la policía, será como firmar la sentencia de muerte de su hijo, no habrá nadie que la pueda conmutar. Usted, que debe haber firmado muchas sentencias, sabrá lo que es eso, máxime cuando el reo es su propio hijo.

El doctor Perkins efectuó un movimiento con la diestra y los dos

médicos soltaron al general, quien fulminó al cirujano con una mirada de odio y cólera.

—Todavía no sé cómo, pero pagará todo esto, se lo juro.

—No lance bravatas y piense en su hijo. De usted depende que sea torturado o que muera. Creo que con la demostración que le hemos dado de mi poder será suficiente para hacerle entrar en razón. Sea práctico y no sucederá nada. Nadie se enterará de lo que nos vaya dando, se lo prometemos.

—Sea práctico, Varela —dijo Rosy Berner hablando por primera vez desde que el doctor Perkins hiciera su aparición en la salita.

El general se volvió hacia la hermosa mujer, y con todo el odio de que era capaz le escupió en la cara. Luego, dio media vuelta alejándose hacia la salida.

Rosy, furiosa por la vejación, quiso lanzarse tras el general, pero la mano de Perkins la sujetó por el brazo.

Le tendió un pañuelo, y cuando ya el general había abandonado la salita, siseó:

—Calma, Rosy. Son gajes del oficio.

—¡Lee, tienes que hacer sufrir al hijo de ese perro!

—Descuida, cariño, siempre habrá tiempo de divertimos haciendo demostraciones con esto.

El doctor Perkins sacó una pequeña cajita de cubierta plástica color negro con un dial que había hecho girar provocando con ello los irresistibles dolores craneales del joven Varela.

CAPÍTULO VI

Cuando Shirley Potters despertó, la cabeza le dolía horriblemente. Pese a no haberse movido todavía, notó que su cuerpo estaba exhausto.

Levantó los párpados.

El despertar no había sido lento sino súbito, repentino. Sus ojos quedaron muy abiertos, y cuánto alcanzó a ver destacó claro y perfilado ante ellos.

Descubrió que se hallaba estirada en una litera colgada de la pared. La estancia era pequeña y llena de armarios, una mesita, un *bureau* y muchos objetos que le dieron a entender que no era una habitación normal y que le era por completo desconocida.

Por un instante no supo si era una jugarreta de su cabeza o verdaderamente se estaba moviendo de un lado a otro. Una luz se iluminó en su mente.

«Esto es el camarote de un yate».

Hizo intención de levantarse, más se percató de que la ligera sábana que la cubría era toda la ropa que llevaba encima. Sus mejillas se sonrojaron.

Escuchó unos pasos descendiendo la escalera que conducía al camarote y tornó a arroparse con la sábana.

Cuando vio al hombre alto, varonil, con poco más de treinta años, rostro agradable y expresión de seguridad y fuerza, se dijo que le había visto antes, pero en aquellos momentos no recordaba dónde.

—¿Cómo te sientes, cariño?

Shirley parpadeó y sujetó con sus manos la ropa subiéndosela hasta el cuello.

—¿Quién es usted?

—Fred para ti, Shirley.

—¿Sabes mi nombre?

Lamban, al verse tuteado por ella, sonrió.

—Creo que es obvio. ¿Cómo te va la cabeza?

—Me duele mucho. Esto es un barco, ¿verdad?

—Dejémoslo en yate modesto.

—¿Cuánta gente hay aquí?

—Tú y yo como Adán y Eva en el paraíso —dijo sentándose en el borde de la litera.

Shirley estiró más de la sábana, como si ésta fuera a volar de un momento a otro.

—¿Solos? —inquirió, tragando saliva.

—Sí. La playa está como a cinco millas y supongo que tenemos tiburones alrededor, de modo que no es bueno que trates de lanzarte al agua.

—¿Por qué estoy aquí?

—Haz un poco de memoria y averígualo.

Shirley adquirió un aire pensativo. Al fin, mirando recelosa, explicó:

—Dos hombres trataron de asesinarme.

—Sí. ¿No te acuerdas de mí ahora?

El rostro de Shirley se puso como la grana al recordar el lavabo de su habitación en el hotel.

—Tú, tú me salvaste la vida...

—Eso es, veo que tu cerebritito va funcionando bien. Por un momento temí por tu vida.

—Recuerdo mucha agua.

—La ducha que te di.

—Y mucho dolor en la cabeza.

—Las bolas de hielo que te puse.

—Luego, recuerdo que pasé miedo.

—Bajando por la escalera de incendios del hotel para que no te vieran.

—Un viaje de noche...

—Conmigo.

—También recuerdo otro hombre.

—El doctor Bering, un amigo mío. El fue quien terminó de lavarte el estómago. Te inyectó algo, no me preguntes el qué y me dijo que te habías salvado, que ya no corrías peligro. Que el somnífero que habías absorbido era poco y que, incluso, podía

dejarte dormir, que el sueño repararía tus fuerzas, pero que de dejarte dormir de principio probablemente hubieras muerto.

—Entonces debo agradecerte el haberme salvado la vida.

—Bueno, no soy vanidoso, pero creo que así fue, claro que yo me pregunto de qué forma podrías agradecerme mejor.

—¿Qué quieres de mí? —interrogó vacilante, apenas sin voz.

—Colaboración.

—¿Para qué?

—Para saber más.

—¿Sobre qué?

—¿Qué ocurrió con Julio Varela?

—No lo sé.

—Preguntaré mejor, ¿quién provocó el accidente?

—¿Qué accidente?

—¿No sabes nada?

—¿Le ha ocurrido algo al presidente de Costa Larga? ¡Dios mío, y yo que tenía que ayudarles! Aún no me has dicho quién eres tú; Fred no es bastante.

—Soy un hombre.

—Ya lo veo.

—Un cínico.

—También me estoy dando cuenta.

—Y me gustan las chicas hermosas como tú.

Shirley carraspeó.

—Y a mí me duele la cabeza.

—Dame un beso.

Ella alzó ligeramente la cabeza y posó sus labios en los masculinos. Fred la besó con suavidad.

—Así me gusta, que seas obediente. Por cierto, ¿siempre que te piden un beso lo das?

—No.

—¿Y por qué me lo has dado a mí?

—Me duele la cabeza —insistió evasiva.

—¿Me tienes miedo o te agrado?

—Déjalo en mitad y mitad. Todavía no me has dicho realmente quién eres, por qué interviniste en mi ayuda salvándome la vida contra aquellos asesinos. ¿Acaso eres un agente federal?

—No. Sólo soy un imbécil que gana la pasta arriesgando el

cuero. Verás, cariño, primero te tomas esto... —Se apartó de ella y de un pequeño botiquín adosado a la pared sacó una pastilla que puso encima de la mesita—. Te quitará el dolor de cabeza. Te duchas luego en este pequeño cuarto de aseo que hay aquí y luego subes a cubierta. Te estaré esperando.

Iba a marcharse cuando ella le interpelló:

—¡Eh, no tengo ropa!

—Hum, se me olvidaba. En el armarito que hay junto al cuarto de aseo encontrarás ropa. Ponte algo que te vaya bien.

Fred Lamban desapareció hacia cubierta.

Shirley se cubrió con la sábana, cogió la pastilla y abrió la puerta del estrechísimo cuarto de aseo.

Tomó un vaso y del lavamanos sacó agua, tragando la tableta. Después, abrió el armarito que le indicaran y vio colgados una serie de bikinis en sus más distintas formas y colores. Miró suspicaz hacia la escalera y luego eligió uno negro que le agradó.

Caía la tarde. El sol se tornaba rojo por encima de la costa. Hacía muy buen tiempo y la mar se movía ligeramente balanceando el yate sin zarandearlo.

Fred Lamban había instalado una mesita entre las dos hamacas extensibles, y sobre la misma distribuía unos emparedados y varios botellines de cerveza que, a juzgar por lo velado del cristal, estaba helada.

Mientras, a través del pequeño televisor portátil, escuchaba las últimas noticias sobre el vuelo del «Apolo XI». Según la NASA, Armstrong, Aldrin y Collins viajaban en perfecto estado rumbo a la Luna. Ningún contratiempo se les había presentado aún, todo se desarrollaba matemáticamente perfecto.

—Hum, se ven bien esos emparedados.

Fred alzó la cabeza en dirección a la escalerilla que conducía a los camarotes.

Shirley Potters podía llevarse, sin que nadie protestara por ello, el cetro de *Miss América*, *Miss Universo*, *Miss Mundo* y *Miss Luna* también.

El bikini negro era de lo más diminuto. El cabello rubio caía suelto sobre su espalda y hombros, favoreciéndola gran demente.

El hombre lanzó un silbido de admiración.

—Ya me imaginaba que la venus del Atlántico tendría apetito.

Ella anduvo hacia una de las hamacas.

—La venus del Atlántico pregunta dónde está su ropa original.

—Creí que ibas a preguntar quién te la tuvo que quitar.

—Prefiero no saberlo —repuso al tiempo que escogía un emparedado de *foie-gras*.

Fred se apresuró a destaparle uno de los botellines de cerveza.

—Supongo que te gusta la cerveza.

—Oh, sí, claro, y helada como ésta mucho más. —Dio una ojeada al televisor e inquirió—: ¿Cómo van los astronautas?

—Peor que nosotros. No me gustaría tener que cambiar estos emparedados por su comida sintetizada y deshidratada y, por supuesto, ellos carecen de la compañía de la chica más hermosa de todo el Atlántico.

—A ellos no les inquietaría mi proximidad, están casados —observó la joven. Con picardía, añadió—: ¿Acaso tú también estás casado?

—¿Te importaría que lo estuviera?

—¿A mí? ¿Por qué habría de importarme?

—No sé. Quizá pienses que soy un buen partido.

Shirley Potters hinchó sus carrillos como si fuera a explotar.

—Yo soy muy independiente y me basto sola. No me hace falta un hombre que me proteja y me tenga como un objeto más en la casa.

—Mi casa es este yate, y no me fijo demasiado en la decoración, pero sí en la comodidad.

—Ya. Por lo visto, más que una casa, esto debe ser un nido de amor.

—¿Por qué?

—Tienes bikinis de todas las medidas. ¿Las compras de saldo en los almacenes o los olvidan tus visitas?

—De todo un poco. Siempre hay que estar preparado para las emergencias, como ahora, y te juro que el bikini te está de primera.

—¿Es comprado u olvidado?

—La verdad, no lo recuerdo.

—Será mejor que pongas rumbo a Miami. Yo no soy de la clase de chicas que vienen a visitarte al yate —se irguió orgullosa.

Fred Lamban le tiró de la mano obligándola a sentarse de nuevo.

—Eres una chiquilla, todo te lo tomas en serio. No es nada malo

que un hombre soltero y solitario como yo tenga alguna que otra aventurilla.

—Pues lamentarla que me confundieras con una de esas aventurillas. Además, estoy pensando que si me hallo en este yate a solas contigo y en alta mar, en contra de mi voluntad, y como no eres nada representativo de la justicia y el orden, es porque he sido raptada a la fuerza mientras dormía, y el rapto...

—Se castiga con la pena de muerte. ¿Es lo que ibas a decir?

—Sí.

—Vamos, Shirley, sigue comiendo o te quedarás sin emparedados. Yo tengo mucho apetito y están justos.

—No comeré nada hasta que regresemos a Miami. Quién sabe lo que habrás puesto en esos emparedados.

—Diablos, eres de las que suenan en hombres que las raptan, las drogan y...

—Corta. Sería de mal gusto seguir enumerando según qué cosas.

—Verás, cariño...

—No soy tu cariño.

—Es una forma de expresión —dijo él, suspirando.

—Claro, tú debes tomarte esa clase de confianzas con todo el mundo.

—Por Baco, Shirley. Si alguien nos oyera diría que soy tu novio y que me estás abroncando, porque he salido a bailar con otra chica.

—¿Mi novio? Cuando yo me case, si es que lo hago...

El hizo un inciso:

—Sería una lástima desperdiciar tanta hermosura.

—Si me caso, será con un hombre respetable junto al cual poder ir con la cara bien alta.

—Oye, Shirley, es mejor olvides problemas de casados, de novios y de todas esas tonterías que llenan la cabeza de las mujeres.

—¿Me estás insultando?

—Oh, no, sólo quiero decirte que si te llevo a Miami y te dejo ir no tardaré en tener que visitarte en la Morgue.

—¿Quéeee?

—¿Recuerdas a dos tipos que trataron de asesinarte? A uno de ellos le reconocí, era un italiano de Nueva York llamado Benini, un asesino a sueldo.

—Sí, es cierto, se llamaba Benini. ¿Pudo escapar?

—No, su compañero le puso un plomo entre los omoplatos. Esto no es un juego, querida. Aquí los balazos van de serio, no es un telefilme. Hay alguien muy interesado en dejarte fría.

—¿Quién es ese monstruo? Yo no he hecho daño a nadie.

—Eso está por demostrar.

—¿Ya te metes otra vez conmigo?

—No nos enfademos y sigamos hablando de esos sicarios. Uno está muerto, no puede decir quién le pagó, pero el otro sigue vivo. Puede ser nuestro punto de enlace si tú hubieras escuchado su nombre.

—Sí, creo recordarlo.

—Vamos, haz un esfuerzo. Ese sujeto es un elemento peligroso que mata sin piedad y, seguramente lo que más anhela en estos momentos es convertirte en angelito.

—Burt, sí eso es, se llama Burt.

—¿Burt? He conocido a varios con ese hombre. Procura recordar algo más de él.

—Era un sádico. Para aterrarme más quería que supiera cómo iba a matarme para que la policía creyera que había sido un accidente o suicidio.

—Sí, eso pienso yo también. Prosigue: ¿Cómo era él?

—Como de un metro ochenta, cabello algo canoso, escaso en el centro. Cejas muy pobladas y una cicatriz que le parte de la comisura del labio hasta la barbilla. Daba la impresión de que su quijada pertenecía a un muñeco desarticulado de esos que llevan los ventrílocuos.

—Burt Erickson.

—¿Le conoces?

—He visto su fotografía y he oído hablar de él, pero creo que no nos hemos tropezado jamás. Es un asesino a sueldo. La policía le ha atrapado varias veces, pero siempre le han soltado sin conseguir probarle los crímenes misteriosos que se supone había cometido. Un tipo listo que sabe evadirse una vez tía terminado su trabajo y se prepara buenas coartadas. Jamás deja huellas. La policía se pondría muy contenta si alguien le quitara de la circulación. Es una amenaza seria para el ciudadano norteamericano.

—Yo puedo atestiguar contra él. Intentó asesinarme.

—Exacto. Aparte de lo que le habían ofrecido por majarte, ahora constituyes un peligro mortal para él, ya que le puedes reconocer. Te darás cuenta de que ese hombre no tendrá otra cosa entré ceja y ceja que liquidarte, y el mejor lugar donde puedes esconderte es este yate.

—Pediré protección a la policía.

—¿Qué les dirás?

—Que Burt Erickson quiere asesinarme.

—Te preguntarán por qué.

—Porque puedo atestiguar contra él.

—Y te preguntarán por qué quiso matarte la primera vez.

—Lo ignoro.

—Yo sí lo sé.

—¿No se tratará de algo que están tramando contra el presidente Varela?

—Ahora caes en la cuenta, ¿eh? Pues sí, el problema lo tiene el presidente Vareta. Su hijo está en una clínica tras sufrir un accidente de automóvil muy misterioso. Alguien que se hizo pasar por ti lo provocó y luego desapareció. Julio Varela no murió pero fue internado en una clínica de la carretera 52, una clínica que nunca me ha gustado.

—Pero ¿quién se hizo pasar por mí?

—No lo sabe nadie todavía, más yo me cuidaré de buscar a esa mujer. Claro que el FBI piensa que no era otra sino tú y te está buscando para ponerte ante un foco e interrogarte.

—No pensarán que yo estoy atentando contra el presidente Varela y su hijo, ¿verdad?

—El FBI no se fía de las caras de ángel. Hace preguntas y busca pruebas. Es malo, muy malo, cuando uno se ve empapelado. Por cierto, si vas al FBI a pedir protección te recibirán con los brazos abiertos.

—¿Y hasta cuándo tendré que permanecer encerrada en este yate sin temor a que traten de asesinarme?

—Hasta que todo éste lío se resuelva. Serás mi invitada de honor.

—Has de prometerme que te portarás como un caballero.

—Prometido.

—Oye, Fred...

—¿Qué?

—Tú eres un investigador privado o algo así, ¿verdad?

—Quizá, pero no soy un cazarecompensas como se estilaba hace un siglo en el Oeste.

—¿Quién te paga?

—Santa Claus.

Mientras el cielo oscurecía en cuestión de segundos, se pudo escuchar claramente el timbre del teléfono instalado a bordo, un aparato similar a los utilizados en los automóviles.

—Estás bien instalado —observó ella.

—Sí, tengo teléfono, emisora de radio y de morse. Es por si alguna chica no sabe cómo localizarme yo le facilito las cosas.

—Ya.

Fred bajó al puesto de mando de la nave que no tendría más de cincuenta pies de eslora y descolgó el auricular:

—Fred Lamban al habla. Diga.

—Soy Varela.

—Comprendo. ¿Tiene problemas?

—Sí. Quiero contratar sus servicios. No discutiremos el precio pero exijo la más absoluta reserva.

Mientras hablaban apareció Shirley en el puesto de mando exclamando:

—¡Acabo de recordar que Burt Erickson tenía que ir esta noche al Piscis Club!

CAPÍTULO VII

El Piscis Club no era el *night-club* tradicional, pero tampoco se había volcado al estilo sicodélico por completo. Era una amalgama bien lograda de ambas tendencias.

Burt Erickson escogió una de las mesas pegadas, a la pared y con poca luz. Pidió un *bourbon* y mientras fumabas un cigarrillo observó a la pareja de *gogo-girls* que se contorsionaban en la pista, bombardeadas por cañones lumínicos de todos los colores.

Los minutos fueron transcurriendo lentamente para Erickson. Fumaba parsimoniosamente en apariencia pero la mirada experta y penetrante de Fred Lamban, que se hallaba en la barra charlando animadamente; con una de las chicas gancho del local, captó el nerviosismo del asesino a sueldo.

Mientras soltaba agudezas a la chica, haciéndola reír, Fred no dejaba de vigilar a Burt Erickson. Ansiaba quitar de la circulación a aquel asesino frío y calculador: pero le importaba mucho más el personaje que debía entrevistarse con él y estaba seguro de que Erickson aguardaba allí su cita.

Le había sido fácil identificar a Erickson con los datos proporcionados por Shirley.

Las *gogo-girls*, mezcla de chicas último grito y de cabareteras sensuales, en su frenético baile iban haciendo un *streep-tease* que hacía mover las nueces de las gargantas de los turistas masculinos procedentes del interior de la nación.

De pronto una mujer alta, hermosa y morena, caminé sin vacilación entre las mesas.

Al llegar junto a Burt Erickson se detuvo y tomó asiento ante la sorpresa del propio asesino que por lo visto no esperaba a una mujer:

—Buenas noches, Erickson.

—¿Nos conocemos de algo, encanto? —preguntó seca, un tanto cortante.

—No soy una de tus amigas ni pertenezco al elenco femenino del Piscis. Ahora, si me das un cigarrillo y pides un *scocht* para mí, te lo agradeceré.

—De acuerdo, pero ¿no crees que éste no es un buen lugar para charlar? Hay mucho ruido con esos altavoces distribuidos por toda la sala y que ponen al máximo de potencia.

—Opino que es un sitio ideal. De este modo nadie se va a enterar de lo que hablemos.

Tras hacer la petición al camarero y entregar un pitillo a la mujer cuyo nombre ignoraba, aunque no era otra que Rosy Berner, el asesino a sueldo preguntó:

—¿Vienes de parte de Siroco?

—Siroco es la clave.

—Es obvio, no soy ningún imbécil, pero la verdad, cuando recibí el encargo fue una voz masculina quien me contrató.

—Eso te hará entender que no estoy sola. Siroco es...

—¿Una organización?

—Algo así.

—¿Quiere decir eso que no puedo cometer ningún resbalón?

—Exacto.

—Lo tendré en cuenta.

Rosy Berner aspiró con fruición el humo del cigarrillo. Miró al asesino con sus grandes ojos azules, un tanto felinos, e inquirió:

—¿Qué hay de Shirley Potters?

Erickson, que no era novato en el mundo del hampa, contestó con otra pregunta para tratar de salirse con la suya en el delicado asunto en el que se veía envueltos.

—¿Has traído el dinero en tu bolso de mano?

Burt alargó su diestra hacia el bolso que había quedado sobre la mesa, pero Rosy se lo quitó con una sonrisa de suficiencia y desprecio, dándole a entender que no estaba tratando con ninguna chiquilla a la que pudiera asustar o dominar.

—La chica no ha aparecido muerta en el hotel tal como se proyectó. Es más, el FBI la ha buscado sin hallarla, en cambio si han encontrado el cadáver de un tal Benini en su habitación del hotel.

Erickson suspiró. Tomó su vaso y bebió un trago largo de su

bourbón, arguyendo:

—Yo sí sé quién tuvo que matarlo.

—¿Tú?

—¿De qué servirá que te diga que no, preciosa?

—No sé, quizá para averiguar lo que ocurrió. Siroco está impaciente por saberlo, no queremos que la estupidez de unos matones nos estropee el plan. No era nuestro deseo que la policía metiera las narices en el asunto.

—No hay cuidado. Nadie podrá relacionar a Benini con Siroco. Si él está muerto, nada puede decir y nosotros desconocíamos quién era Siroco en realidad y también los planes que tiene.

—Será mejor que continúes sin conocer esos planes, Erickson. Sería peligroso para ti.

—¿Puede sucederme algo?

—No eres el único sicario que hay en Estados Unidos. En Miami mismo, por un puñado de dólares, habría mucha gente dispuesta a hacer lo que pidiéramos.

—¿Y por qué nos contrataron a Benini y a mí en Chicago, tan lejos de Miami?

—Porque queremos hacer las cosas bien desde el principio. Hay muchos turistas en Florida que han venido a presenciar el lanzamiento del «Apolo XI». Realizado el trabajo, regresabais a Chicago y asunto terminado.

—Lógico.

—Pero, aún no sabemos dónde está la chica.

—¿Era muy importante su muerte dentro del plan?

—Digamos que es una pieza del engranaje, sólo una pieza, y no la de mayor importancia.

—A veces, una pequeña pieza del engranaje se estropea y detiene toda la máquina.

—¿Quieres pasarte de listo?

—Digamos que ahora trabajo en solitario y que la chica...

Las palabras de Burt Erickson fueron cortadas por la llegada inesperada de Fred Lamban, al que ninguno de los dos conocía. Sin embargo, la mirada intuitiva de Rosy Berner lo catalogó rápidamente como un ejemplar extraordinario de hombre.

—Hola, Erickson, buenas noches, preciosa. Supongo que podré tomar una copa con vosotros, las chicas de la barra no me divierten

lo suficiente.

Las dos *gogo-girls* de la pista habían terminado su baile y el *disc-jockey* del club procedía a seleccionar una música estridente pero bailable, entrando en funcionamiento el complejo de luces sicológicas de la sala. No eran ya los cañones variantes, sino que en los momentos más inesperados la luz se apagaba y encendía, transformando los movimientos naturales como si fueran vistos a cámara lenta. Era difícil en aquellas circunstancias, con las luces verdes, violetas, rojas o amarillas apagándose y encendiéndose, poder captar las expresiones en los rostros de los demás.

—¿Nos conocemos de algo, amigo? —preguntó Erickson ante la mirada entre taladrante y suspicaz de Rosy Berner que no apartaba sus pupilas del rostro de Fred Lamban.

—Tengo algo que estoy seguro os interesa mucho a ambos.

—¿Qué es lo que puede interesarnos? —preguntó Rosy.

—Será mejor que se largue.

Erickson había sido más expeditivo, como intuyendo algo desagradable para él.

—Calla, Erickson. Quizá él tiene algo importante que decirnos.

—Me llamo Fred y en mi profesión no es bueno hablar demasiado de uno mismo.

—¿Y cuál es tu profesión? —preguntó Erickson.

—Una semejante a la tuya, claro que a mí me gusta el clima meridional y no opero en Chicago como tú.

—Parece que me conoces bien y eso puede sentarte mal.

—No me asustan las amenazas, Erickson.

—Déjalo hablar —pidió Rosy.

—Será mejor que desembuches lo que llevas dentro y que sea interesante para nosotros.

—Erickson, me decepcionas —siseó Lamban con una sonrisa jugueteando en sus labios—. Creí que un tipo tan flemático y meticuloso como tú me reconocería en el acto.

—No te he visto antes de hoy y espero no volver a verte en lo sucesivo.

—Supongo —dijo Fred Lamban a la fémina— que tú eres la que se interesa por Shirley Potters.

—¿Qué sabes de ella?

Uno de los fogonazos de la luz iluminó la cara de Erickson y

Fred pudo ver su expresión preocupada, inquieta. Tenía el ceño fruncido y su mano subió a la altura del pecho. Claramente le advirtió:

—Si tratas de sacar tu arma te lo impediré, Erickson, y armaremos un escándalo que a ella no va a gustarle.

Rosy comprendió lo que sucedía y se apresuró a decir:

—Calma, Erickson. Todos podemos salir ganando si el diálogo es fructífero.

—Supongo que Erickson no te ha dicho que perdió a Shirley Potters en el hotel.

Rosy lanzó una mirada furibunda al sicario, quien observó suspicaz a Lamban pese a que trató de sonreír cínicamente.

—Ya le he contado que hubo un tropiezo en el hotel y murió un hombre.

—Tu socio Benini —amplió Fred.

—Ya me lo ha dicho —asintió Rosy.

—¿También te ha dicho que fue él mismo quien lo mató?

—Eso lo he supuesto yo misma y él no lo ha negado.

Fred sonrió.

—Bien, veo que aquí se exponen las cosas con mucha claridad. Por lo tanto, puedo decir que la chica está en mi poder.

—¿Shirley Potters? —preguntó Rosy.

—Exacto. Una estupenda rubia de ojos verdosos.

Rosy Berner miró al sicario e inquirió:

—¿Qué estabas explicándome antes sobre la chica?

—Bueno, un tipo se interpuso y lo estropeó todo. A mi me interesa más que a nadie encontrar a esa mujer y por lo visto el amigo la tiene en su poder, lo cual facilita las cosas.

—¿Por qué raptó a la chica? —preguntó Rosy.

—Verás, encanto, soy un solitario. Estaba en el hotel y vi que un tipo la llevaba amordazada y bien atada. Entré en acción porque siempre me ha gustado defender a las chicas que se encuentran en apuros y Shirley lo estaba. Le aticé a Benini.

Rosy miró a Erickson y añadió:

—Y tú, para que Benini no hablara, lo liquidaste.

—No me quedaba otro remedio, la situación se había puesto fea y yo ignoraba si ese tipo iba solo o acompañado.

—Pues ya ves, estaba solo y ha sido inútil la muerte de Benini

porque la chica me habló de vosotros. Al parecer hablasteis demasiado y ella os escuchó.

—¿Por eso has acudido aquí esta noche? —pregunté Rosy.

—Sí. Ellos dijeron que vendrían al Piscis a cobrar la pasta.

—Y tú has pensado que puedes pisarme el negocio, ¿verdad? —preguntó Erickson con rabia, apretando los labios.

—¡No sólo lo pienso sino que lo estoy haciendo! Yo tengo a la chica. Ella, candorosa, se lo ha contado todo a su salvador.

—Ignorando que su salvador es un halcón, ¿no?

—Exacto, preciosa.

—¡Este negocio es mío! —Gruñó Erickson.

—Calma, Erickson. Hay negocio para todos —dijo Rosy—. Primero veamos qué clase de oferta puede hacernos el amigo Fred.

—He pensado que si la chica le cuenta a la policía lo que sabe, además de la identidad de Erickson y de que fue testigo de la muerte de Benini, también les hablaría de ustedes y al decir «ustedes», me refiero a ti, encanto, y a quienes están contigo. Trato de explicar que todo el edificio se vendría abajo, claro que si yo salgo beneficiado lo suficiente les entregaré a la paloma vivita y *coleando*.

—¿Viva? ¿Por qué? ¿Acaso no te atreves a matar a las mujeres?

—No. Es un trabajo sucio que no me gusta hacer, claro que a los puercos como tú los mando al infierno sin contemplaciones.

—¡Maldita sea! —masculló Burt colmada ya su paciencia.

Como que Erickson hiciera un nuevo gesto de aproximar su diestra a la sobaquera, se encontró con una presión en el estómago y una amenaza en los labios de Fred.

—Otro movimiento como ése y te agujereo el estómago.

—Todo se puede arreglar —objetó Rosy—. Puede haber dinero para ambos.

—Sí, pero primero quiero estar seguro de la tranquilidad de nuestro amigo que está evidenciando demasiado nerviosismo y el llevar una pistola bajo la axila no es precisamente un sedante para él.

Con destreza y disimulo a la vez, Lamban le arrebató la automática guardándosela en su chaqueta blanca. Luego le mostró su dedo índice y arguyó:

—Hay que ser tonto para temer que le agujereen el estómago a

uno con la punta de un dedo.

Rosy no pudo contener un estallido de risa que ensombreció más si cabe la faz del frío asesino que en aquellos momentos no ansiaba otra cosa en el mundo que poner a Fred bajo seis pies de tierra. De una forma descarada le estaba poniendo en ridículo frente a su cliente.

—Erickson, será mejor que te marches ahora. Te llamaremos al teléfono convenido.

—¿Pretenden que me quede cruzado de brazos después de lo ocurrido? —inquirió destilando odio.

—Si nos entendemos con Fred y todo sale bien no habrá inconveniente en pagarte lo prometido.

A regañadientes, Erickson asintió:

—De acuerdo, pero haz saber a Siroco que ya que el tipo éste tan delicado no quiere hacer el trabajo con la chica ya lo haré yo. Después de todo, el asunto estaría terminado si él no se hubiera interpuesto.

—Lo tendremos en cuenta —asintió Rosy—. Debes comprender que somos magnánimos contigo. Otros te eliminarían por no haber cumplido el contrato. Ahora, márchate. Ya nos comunicaremos contigo.

Burt Erickson, dando un gruñido, se disolvió entre la vibrante música sicolédica y se apartó de la mesa. Fred observó atentamente a la mujer.

—Un duro lenguaje para una chica tan linda como tú.

—Cuando se tienen ambiciones hay que ser algo duros.

—Si, ya veo, pero yo soy un poco antiguo. Siempre pienso que un rostro tan bello como el tuyo es la imagen de un ángel.

—Si sueñas con los ángeles, poco dinero vas a tener y, la verdad, te diré una cosa.

—Soy todo orejas.

—Ese sentimiento delicado tuyo de no hacer daño a las mujeres me agrada. —Se cambió de silla para estar más cerca de él, tanto que sus cuerpos se rozaron.

—Encanto, ¿cuál es tu nombre?

—¿Te importa?

—De alguna forma he de llamarte.

—Rosy.

—Rosy, me gustará mucho pasarlo bien a solas contigo. *Me atraes, tienes mucho sex-appeal.*

—¿Sí?

—Te lo dice un experto.

—¿Acaso has estado estudiando a Shirley Potters?

—Ella sólo es mi prisionera y ni siquiera lo sabe. No te he puesto la mano encima.

—No me digas —se burló ella.

—Soy un poco raro, ¿sabes? De las mujeres acepto lo que me dan pero no lo tomo a la fuerza.

—¿Se lo has contado así a tu prisionera?

—Bueno, por lo menos ha visto que no soy un sátiro.

—¿Y no ha tratado de escapar del apartamento, o desea ser agradecida con el que cree su salvador?

Fred comprendió que mediante aquel ingenuo comentario trataba de sonsacarle. Respondió despistando:

—No saldrá del hotel hasta que yo se lo indique. Sabe que Erickson la busca para matarla.

—¿Y por qué no ha recurrido a la policía?

—No la he dejado. Le he dicho que este asunto lo arreglaría yo solo y ella me ha creído.

—Luego, la palomita rubia será canjeada e irá a parar de nuevo a las manos de Erickson que será el verdugo en esta ejecución, pero es temprano todavía. Creo que tú y yo podríamos ir a un lugar más solitario, ¿no crees, Fred?

Lamban se dejó coger y acariciar el brazo hasta apoyar ella su mejilla en la varonil. Sus ojos quedaron envueltos con el humo que escapó de los labios de la ambiciosa mujer.

—Verás, Rosy, de antemano te voy a advertir una cosa, Cobraré en metálico, no en espécimen.

—Comprendido —sonrió ella—. Eres un tipo listo y vanidoso. Crees que para tener una mujer hermosa no necesitas llevar billetes en la cartera.

—Por supuesto. Soy una excepción que confirma la regla.

—¿Qué regla?

—Afortunado en el juego, desgraciado en amores.

—No sé si estás poseído por la vanidad o eres un cínico.

—De todos modos te gusto.

—Hum, no estás mal, pero aún no me has besado. Ignoro si puedes agradarme del todo.

—Eso tiene fácil remedio.

Fred Lamban no rechazó la jugosa boca de cálido aliento que la morena le ofrecía ligeramente entreabierta.

El beso fue apasionado por ambas partes.

Ella le acarició el cuello y el tórax y su diestra, hábil y fina, quiso introducirse por la chaqueta en busca, de la cartera del hombre.

Mas, la mano de Fred agarró la muñeca femenina y la mantuvo quieta hasta que dio por finalizada la caricia:

—¿Qué te ha parecido?

Ella respondió sonriente, aún con la muñeca apresada:

—Que eres un hombre al que no puede subestimarse, ardiente y felino al mismo tiempo. Muy seguro de ti.

—Me satisface que empieces a saber cómo soy. Toma, le devuelves este juguete a tu asalariado Erickson. A mí no me hace falta.

De un modo disimulado le entregó la automática que ella ocultó dentro del bolso.

—Bien, ya que quieres cobrar en metálico, ¿cuál es tu precio?

—¿Siroco es un hombre o una organización?

—No hagas preguntas. Saber demasiado resulta indigesto.

—No hay peligro. Tengo el estómago a prueba de toda clase de fritos y cocidos.

—No es bueno subestimarte, Fred, pero tampoco es conveniente que te sobreestimes.

—Está bien, cada cual a su negocio. Por cincuenta mil dólares dejaré a la chica en el lugar que se convenga pero nada de trucos. Todo se hará a mi manera.

—¿Cincuenta mil dólares? —repitió evidentemente sorprendida.

—¿Te parece poco? Si es así, estoy a tiempo de pedir más.

—¡Estás loco! Erickson y Benini hacían el trabajo por diez mil para los dos.

—Verás, es que yo soy un poco más ambicioso.

—Creo que Siroco no aceptará.

—Le daré un par de días para pensarlo, antes de que Armstrong pise la Luna. No quiero perderme la transmisión en directo de la

llegada del primer hombre a nuestro satélite.

—¿Y si no aceptan?

—Estoy seguro de que aceptarán. No creo que os convenga que suelte a la hermosa rubia aconsejándole que vaya a la policía. A ella le harán mucho caso puesto que es una empleada del gobernador y tiene una misión importante como es atender al presidente de Costa Larga. Por Cierta, Shirley me ha dicho que el FBI la estará buscando.

—Está bien, veremos si se puede hacer algo por esos cincuenta grandes que pides. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—En ninguna parte, cariño. Dame un número de teléfono y te iré llamando. De este modo sabré si estáis de acuerdo y os daré las instrucciones para efectuar el canje del dinero por la chica. Ya lo sabes, nada de trucos. Correría la sangre y me disgusta mancharme las manos.

Ella se puso en pie, objetando:

—De acuerdo, pero no estés seguro de nada hasta que te lo comunique y no se te ocurra dejar libre a la chica mientras tanto. Si habla no hay trato posible.

—O. K. —Observó fijamente a Rosy y dijo después—: Tienes la misma estatura y complexión que Shirley Potters.

Si te tiñeras el cabello y te maquillaran adecuadamente, en la noche hasta podrías pasar por ella.

Rosy Berner palideció. Después, en medio de los fogonazos de luz que brotaban de los rincones más inesperados en aquel club a prueba de nervios, desapareció por entre las mesas.

CAPÍTULO VIII

El general Varela tenía la frente ligeramente perlada de sudor.

Miró a través del cristal posterior de su automóvil. El soche del FBI que le custodiaba lo seguía implacablemente y tras él, quizá otro auto.

—Al doblar la esquina encontrará un quiosco. Pare dos segundos tras él y luego reemprenda la marcha nada más apearme yo. No deben darse cuenta de que abandono el automóvil, ¿comprendido?

—Sí, señor presidente, pero ¿qué le digo al embajador Cavalo cuando vuelva al Consulado?

—Dígale al señor embajador que por hoy no preciso su compañía. Espero acortar cuanto pueda mi estancia en Miami y que él regrese a su Embajada de Washington.

El chófer, hábil con el automóvil, hizo lo indicado. Se detuvo un instante junto al puesto de revistas y periódicos y el presidente saltó a tierra dando un portazo.

Se encaró con los titulares de un diario que con gran profusión de tinta fresca daba noticias sobre los cosmonautas. En un ángulo, con caracteres más pequeños, rezaba:

«Sigue sin esclarecerse la muerte del hampón, asesinado en un hotel de Miami».

Por el rabillo del ojo, el hispanoamericano vio pasar el coche de los agentes federales.

A poca distancia pasó otro automóvil y tuvo la impresión de que su conductor era uno de los jóvenes médicos que viera en la clínica Hipócrates.

Aguardó un minuto y luego cruzó la calzada. En el estacionamiento había un «Porsche» blanco. Un hombre al que reconoció al instante se hallaba al volante.

—Buenas tardes, general.

—¿Qué significa toda esta tramoya?

—Era necesario que se ajustara a mis indicaciones para que nadie nos siguiera.

—Los del FBI se van a molestar.

—Es posible, pero a usted no se lo dirán. El Gobierno de Estados Unidos no quiere enemistarse con un aliado como usted, general.

—Con su Gobierno no estoy molesto pero con algunos de sus compatriotas puede suponerlo.

—¿Ha tenido algún contacto más con ellos?

—No, pero estoy por completo en sus manos. Haciéndole caso a usted me expongo a que mi hijo sea asesinado.

—No lo creo, general. Esos tipos no van a matar a tontas y a locas a la gallina de los huevos de oro. Por todos los medios intentarán mantenerlo con vida.

—¿Quiere decir que jamás han pesado en matarle?

—Eso tampoco, sólo que únicamente tratarán de eliminarlo en un caso de máximo peligro para ellos. No son tontos, sólo harán que torturarla.

—¿Le parece poco?

El «Porsche» arrancó veloz por las calles de Miami.

—General, usted es un hombre duro, de lo contrario no habría llegado a la presidencia de su nación. Tendrá que pasar por momentos amargos, pero estoy seguro de que sabrá superarlos:

—Usted ya sabe quiénes son y dónde está mi hija. ¿Qué piensa hacer?

—Ya lo verá, general. Es algo que no se esperan, si todo sale bien, naturalmente.

—Quiero saber cuál es su plan.

—Sacar a su hijo de la clínica Hipócrates.

—Eso no resuelve nada.

—En principio sí resuelve mucho, general.

—Yo no opino igual. Ellos han dicho que me entregarán a Julio dentro de un par o tres de días.

—Sí, pero le han dicho también que lo controlarán y sabrán en todo momento dónde se encuentra.

—Con el artefacto que le han incrustado en el cráneo será cosa fácil. Julio será su prisionero se encuentre donde se encuentre. Me lo dijeron bien claro. No hay lugar donde se pueda esconder, lo torturarán a matarán a distancia si les place.

—Creo, general, que los sobreestima. Se ha dejado sugestionar.

—¿Insinúa que hay solución al problema?

—No le digo que sea fácil pero sí puede haberla. Yo voy a jugarme la piel para que todo salga bien.

—Si consigue salvar a mi hijo de las garras de esos indeseables sabré agradecerse.

Fred Lamban deseó decirle que no hacía aquello por dinero pero no hubiera sido conveniente. El ayudaba al Gobierno de Washington, era uno de sus hombres especiales no incluidos en ninguna nómina y a los cuales se podía contratar sólo para trabajos arriesgados y silenciosos.

Eran una especie de hombres suicida con unas pagas dignas para seguir subsistiendo entre misión y misión.

—¿Le han dicho ya lo que piden?

—No. Deben estar esperando a que Julio se halle en mis manos como un muñeco de guiñol cuyos hilos moverán ellos. Dios mío, y yo sin poder hacer nada por él. Sacarlo ahora de la clínica significaría su muerte.

—Pues ése es mi plan; general —dijo mientras se introducía por una calle dedicada a industrias maríneas, a menos de tres cuadras del Millionaire Miami Beach Club.

—¿Quiere decir que trata de rescatar a Julio de la Clínica?

—Ésa es mi intención, general.

—Lo torturarán a través del aparato que lleva incrustado en la cabeza, y no se le puede inyectar ninguna droga para calmarlo.

—Calma, general, y tenga confianza en mí.

—Es lo que trato de hacer.

Se apearon del «Porsche» y Lamban se dirigió con paso resuelto a uno de los talleres de industrias marítimas. El general Varela le siguió.

En el taller se trabajaba febrilmente con las chispeantes soldadoras para acero. El propietario del taller, un hombre Cincuentón, algo entrado en carnes, de aspecto afable, en traje de faena y cubriendo su cabeza con el casco amarillo al igual que todos sus empleados, se les acercó al verlos:

—Buenas tardes.

—Hola, Stacy. Le presento a un amigo venezolano. Habla nuestro idioma y también tiene un yate allá en su tierra. Su nombre

es Vargas.

—Mucho gusto, señor Vargas. Si se viene por Miami, en casa de Stacy siempre encontrará arreglos o las piezas que necesite para su yate. Lamban lo sabe. Precisamente esta madrugada me pidió una cámara especial de descompresión de diseño suyo y la quiere construida en ocho horas cuando en cualquier taller le harían esperar un mes.

—Pero usted no defraudará a los amigos como Lamban ¿verdad? —inquirió Varela deseando ser amable pese a las múltiples preocupaciones que invadían su mente.

—Sí, por supuesto, pero a veces me pide imposibles y yo tengo la cartera llena de pedidos. Debo complacer a todos.

—El bribón de Stacy —añadió Lamban— ayuda a los amigos como yo porque le pago doble el trabajo que debía realizar.

—Comprende, Lamban. Has sido tú quien se ha ofrecido a pagar doble por la prisa que te corre esa cámara especial y para construirla he tenido que emplear toda la plancha de acero que tenía en el taller y la más difícil de obtener es la de media pulgada.

—Pero ¿está construida ya?

—Sólo faltan unos toques. Luego, la pintarán y mañana...

—Nada de pinturas —cortó Lamban—. Inmediatamente que se le haya hecho la última soldadura, respondiéndome de que no se pueda escapar el aire por ninguna parte aunque se haga presión en su interior, cogerás un camión grúa y la llevarás al muelle. Ya sabes cuál es mi yate. Botas la cámara al agua y con los aros la sujetas a estribor.

—De acuerdo, de acuerdo, mis muchachos no terminarán hoy su jornada hasta que la dichosa cámara esté pegada al casco de tu yate.

—Eso es. Ahora, vayamos a verla para poder constatar que has seguido al pie de la letra mis indicaciones.

—De acuerdo. La cámara es ese artefacto que están terminando mis hombres.

El general Varela intuía algo de todo aquello, mas no se atrevía a preguntar nada estando Stacy delante.

—Bueno, parece que tiene las medidas que señalé.

—Sí, ocho pies de larga y cinco de ancha, aunque para ser una cámara de descompresión yo no la hubiera construido en forma de

prisma cuadrado.

—¿Ah, no? ¿Cómo la hubiera hecho? —inquirió Varela.

—Cilíndrica.

—Y con la tapa en una de las bases —agregó Lamban irónico.

—Exacto.

—Sí, hubiera resistida mejor las presiones pero habría tardado más tiempo en hacerla. Así, cuadrada, sólo había que soldar aristas, ha sido un trabajo rápido, y la escotilla de cierre y entrada, como ya la tenía de una autoclave. Sólo ha habido que soldar el aro exterior. En lugar entrar por un extremo, se entra por la parte superior, pero como solo la quiero para hacer unas pruebas no importa.

—De acuerdo, de acuerdo. No es cosa mía. Vean, los tubos de entrada y salida de aire ya están soldados.

—¿Los dos juntos? —preguntó el general, ya que lo lógico hubiera sido estar uno a cada extremo de aquella cámara a prueba de presiones internas y externas.

—Sí, están juntos, pero uno de ellos prosigue por dentro soldado a una de las aristas hasta llegar al otro extremo.

El paso del aire se hará regularmente para quien esté metido en la cámara.

—Conforme, Stacy, pero no se olvide de probar la presión que reste de aire en su interior antes de entregármela.

—De acuerdo. Siempre hacemos el trabajo bien.

—Entonces, mi amigo y yo no les entretenemos más. Les aguardaremos en el yate. Nada más quede sujeta la cámara junto a la nave zarparemos.

—Está bien, está bien, no me recuerdes más que tienes prisa.

Lamban y el general Varela abandonaron la industria. A pie se dirigieron al embarcadero del Millionaire Miami Beach Club.

—¿Para qué quiere esa especie de gran ataúd de acero?

—Para meter a su hijo dentro.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído, general.

—Pero ¿qué trata de hacer?

—Lo sabrá a su tiempo si no pierdo la vida tratando de sacar a su hijo de la clínica. Ah, y no tema por él. Si hay de matar a alguien será a mí, ya le he dicho que cuidarán a la gallina de los huevos de oro.

Lamban le condujo al yate. Al subir por la pasarela, el general preguntó:

—¿Es suyo?

—Sí, es mi casa.

Al quedar en cubierta, el presidente de Costa Larga descubrió al sol de la tarde a la mujer que Lamban mantenía como su protegida.

—¡Shirley Potters! —exclamó.

—Buenas tardes, señor presidente —saludó ella. Vestía ahora una blusa negra anudada a la cintura y unos *shorts* blancos.

—¡Usted fue la que metió a mi hijo en este lío del que ha salido tan mal parado!

Lamban intervino en defensa de la joven:

—No, ella sólo ha sido una víctima, probablemente la que iba a salir más perjudicada. Por poco la asesinan, es más, la están buscando para eso.

—¿Y usted qué hace al respecto, Lamban?

—Crear dificultades a esos tipos, meterles la incertidumbre en el cuerpo y, por supuesto, hacerles perder tiempo, el que preciso para averiguar la forma en que su hijo puede quedar libre del artefacto que usted me contó le habían incrustado en el cerebro.

El general suspiró:

—Creo que mejor será que me confíe a usted. Por mí mismo me siento impotente para rescatar a mi hijo de las manos de esos granujas.

Stacy cumplió su palabra y al llegar la noche, la Cámara de descompresión arribó al yate. Fue botada al agua y sujeta fuertemente a estribor de la nave tras dejar que se hundiera tres pies por su propio peso.

Lamban pagó la obra delante del general Varela. Luego conectó las gomas para la entrada y salida de aire y todo funcionó perfectamente.

Saltó sobre la cámara de acero, abrió la escotilla e introdujo dos linternas con gruesa pila y una colchoneta de caucho que infló dentro de la cámara dejándola bien preparada. Luego, abandonó la cámara y cerró perfectamente la escotilla para que no entrara agua en la misma.

—Ya podemos hacernos a la mar —dijo Lamban.

No tardaron en roncar los motores, surcando las aguas oscuras

del océano sin apartarse demasiado de las costas de Florida. Navegaron en dirección sur siguiendo la misma ruta que la carretera 52.

Cuando llegaron al grupo rocoso norte, que junto con el que había en el lado sur de la playa formaba una pequeña ensenada, Lamban dijo:

—Ustedes aguardarán aquí. Si no regreso, creo que usted, general, será capaz de regresar con el yate a, puerta.

—Sí, por supuesto que lo podría conducir pero no me agradaría hacerlo.

—¿Hasta cuándo debemos esperar aquí? —preguntó Shirley.

—No lo sé, una, dos o tres horas. Supongo que encontraré obstáculos que vencer.

Fred separó el equipo de submarinista. Se ciñó los lastres de plomo a la cintura y preparó otro equipo. Dentro de una bolsa de plástico puso una ropa que había comprado previamente y una vez lo tuvo todo preparado comprobó que la linterna submarina funcionaba a la perfección.

—Deséenme suerte, va a hacerme falta.

—¡Fred! —llamó Shirley angustiada.

—¿Qué ocurre, querida?

—Cuídate.

—Eso haré.

Ya en el agua, se ajustó la boquilla de respiración y las gafas y tiró de la cuerda que sujetaba el otro equipo y cuánto quería llevarse.

Desapareció bajo el agua y pese a arrastrar el otro equipo, nadó con facilidad.

Llegó a las rocas y las rodeó, no tardando en descubrir una red metálica de acero entrelazado que subía dos pies de la superficie del agua, hundiéndose luego hacia el fondo.

Fred Lamban se dio cuenta de que no era sencillo pasar por allí. A nado resultaba imposible y lo mismo saltar por encima de la red, ya que en las peñas había unas células fotoeléctricas cuy haz pasaba de las rocas del norte a las del sur, cerrando la entrada a la bahía. Fred supuso que por encima de las rocas también habría sistemas de alarma que convertían a la clínica Hipócrates en un lugar prácticamente invulnerable.

CAPÍTULO IX

La situación estaba difícil, apurada, más Fred Lamban no era hombre que se arredrase ante las primeras dificultades.

Se sumergió haciendo funcionar la linterna y profundizó veinte brazas, hallando el fondo en parte rocoso y en parte arenoso.

Aquella red tenía su justificación para impedir que los escualos penetraran en la bahía. De esta forma podían bañarse sin peligro alguno, pero estaba más para evitar la intromisión de los intrusos que de los propios tiburones.

La red estaba sujeta al fondo con algunos ganchos clavados en las rocas, Fred fijó su atención en una zona arenosa situada entre dos rocas, una zona que no tendría más de cuatro pies de ancha. Comenzó a escarbar con las manos, dejando reposar en el fondo la carga que transportaba.

Practicó un agujero bajo la red, lo suficientemente grande para poder pasar con su equipo sin engancharse.

Trasladó al otro lado de la red la carga que llevaba y luego pasó él. Apagó la luz y siguió nadando hasta la orilla.

No se veía a nadie por las cercanías.

Se despojó del equipo submarino, dejándolo junto al otro, y de la bolsa de plástico sacó unos pantalones y una bata corta blanca, propia de un médico. Se vistió con ella. Envuelta entre la ropa llevaba una pistola y también un gorro de goma para bañistas, así como un peine que utilizó para alisar sus cabellos y no dar la sensación de que acababa de salir del agua.

Abandonando los equipos de submarinista junto a las rocas, anduvo hacia la clínica. Su primer objetivo estaba cumplido y entrar en el edificio tampoco le costó mucho.

El general Varela le había proporcionado los datos necesarios para encontrar la habitación de Julio sin dar demasiadas vueltas.

Los pasillos de la clínica estaban bien iluminados y a punto

estuvo de tropezarse con Rosy Berner.

Lamban sonrió. Hubiera deseado decirle algo a Rosy, pero de descubrirle allí, su misión habría fracasado nada más comenzar.

Entró en unos lavabos y una vez se alejaron los pasos de Rosy, salió continuando su avance sigiloso. Desdó lejos no causaría sospechas, ya que iba uniformado como un médico más.

Cuando penetró en el corredor donde se ubicaba el dormitorio de Julio Varela, descubrió inmediatamente al federal sentado en la butaca con un periódico en la mano.

Lamban sonrió de nuevo. Era irónico que un hombre raptado y torturado estuviera custodiado por un agente federal. Los cerebros de Siroco eran tan hábiles y astutos como cínicos y el FBI sin enterarse de lo que ocurría.

Con paso natural se aproximó al agente. Éste, al verle, vestido como un interno más, no receló de él.

—¿Tiene un cigarrillo?

—Oh, sí, claro —asintió el federal bajando el periódico.

—Lo siento, amigo.

—¿Qué dice? —preguntó casi instintivamente, Sin alzar la cabeza.

Fred Lamban golpeó con la culata de su pistola la nuca del federal, en el lugar preciso y con el golpe justo para que perdiera el sentido sin hacer ruido ni acarrearle consecuencias posteriores salvo un fuerte dolor de cabeza.

El federal quedó inclinado hacia delante y Fred lo echó para atrás recostándolo en la butaca. Le puso el periódico sobre el rostro para dar la sensación de que se hallaba dormido.

—Ahora, hay que darse prisa.

Abrió la puerta y halló la habitación en penumbra. Sólo una débil luz piloto iluminaba el diagrama colocado sobre la cabecera.

Julio Varela dormía plácidamente. Fred Lamban lo zarandó suave pero con firmeza.

—Eh, ¿qué ocurre? —preguntó medio adormilado.

—Vamos, aprisa. No hay tiempo que perder.

—¿Van a hacerme una nueva cura? Aún me duele la cabeza.

—Sígame y no haga preguntas, Julio. Su padre quiere verlo.

—¿Mi padre?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Venga conmigo y lo sabrá.

Julio Varela, semiatontado y doliéndole la cabeza, siguió a Lamban.

El federal dormía afuera, pero no porque tuviera sueño precisamente. Lamban sabía que disponía de poco tiempo tiró y materialmente de Varela.

—Eh, ¿adónde me lleva? —preguntó al sacarlo a la playa.

—A ver a su padre, ya se lo he dicho.

—Pero yo no veo a mi padre por ninguna parte y a usted no le conozco —objetó desconfiado.

—Luego le explicaré lo que quiera, ahora venga conmigo. Su padre le aguarda y confía en mí. Lamentaría fallarle y en esta clínica corre peligro.

—¿Por qué corro peligro?

—¿Recuerda cuando vio a su padre?

—Sí, por supuesto. Pese a los golpes no padezco amnesia.

—¿Ha olvidado que sufrió un intenso dolor de cabeza y que terminó desmayándose?

—Sí, fue horrible. Esta mañana lo he tenido también pero en menor grado.

—Y seguramente ha sido en presencia del doctor Perkins.

—Así es.

—Ese dolor se lo provocan ellos.

—¿Cómo?

—Sería muy largo de contar, Varela, pero le diré algo. Le han metido un receptor en el cráneo en una rápida intervención quirúrgica aprovechando el accidente.

—¡No es posible!

—Sí lo es. En cuanto ellos quieran le provocarán el dolor, no lo dude. Está en sus manos y yo trato de salvarlo.

—¿Cómo puedo saber que es cierto lo que me dice?

—Quédese aquí y no verá a su padre que le espera en mi yate. Esta clínica es la más hábil ratonera que se pueda imaginar y para ellos, usted es la gallina de los huevos de oro.

—¿Han extorsionado a mi padre?

—Le han advertido que está usted en sus manos. En cuanto a su padre, aún no le han pedido dinero pero no tardarán en abrir la

boca. No perdamos tiempo, si nos descubren, usted volverá a su habitación y yo me convertiré en un cadáver.

—No sé por qué pero le creo.

—Pues sígame.

—¿Habrà que nadar?

—Sí. ¿Sabe hacerlo por debajo del agua con equipo de aire comprimido?

—Sí, he practicado el submarinismo en mi país, pero tengo una herida en la cabeza.

—He traído un gorro de goma para protegérsela, no se le mojará la herida.

Corrieron hacia la playa. Fred Lamban se puso el equipo y Varela le imitó.

—Será mejor que esconda este traje para que no lo encuentren.

—¿No quiere que descubran que hemos huido por mar? —inquirió el hispanoamericano.

—Exacto:

Fred enterró el uniforme sin la bolsa de plástico, utilizando ésta para envolver la pistola.

—Sígame. Dentro hay una barrera en forma de reja de acero que llega hasta el fondo de la bahía. Yo he cavado un hueco en la arena.

—De acuerdo.

Fred Lamban se introdujo en el agua y Varela *júnior* le siguió, demostrando que sí sabía nadar adecuadamente.

Cuando Fred llegó a la altura del agujero practicado en la arena, lo iluminó con la linterna submarina e hizo pasar a Varela primero, siguiéndole él.

Ya lejos de las rocas, nadaron por la superficie en dirección al yate que mantenía todas sus luces de señalización apagadas, lo que podía traerle complicaciones con los guardacostas que merodeaban por la zona, más alertas que de costumbre dada la proximidad de la flota soviética estacionada en Cuba y todo el complejo lanzamiento del «Apolo XI».

Cuando arribaron al yate, Shirley y el general prepararon la escalera por la que ambos treparon.

Hubieron abrazos instintivos entre padre e hijo y Shirley y Fred Lamban que empapó a la chica a causa de estar completamente mojado.

—Qué miedo he pasado, Fred. Creí que no volverías de esa clínica. El general me ha estado explicando qué dase de sujetos son esos médicos.

—Hijo, Julio, ¿cómo te sientes?

—Bien, papá. Por un momento dudé de este hombre que me ha arrancado del sueño para llevarme al fondo del mar y aún no sé si se trata de una pesadilla.

—No es una pesadilla, hijo, somos de carne y hueso.

Mientras Fred Lamban se despojaba del equipo, Julio hizo lo propio. Mucho más fatigado que el norteamericano, preguntó:

—¿Es cierto lo que me ha contado el norteamericano sobre que me han introducido un receptor en el cráneo? —Se tocó la cabeza y al darse cuenta de que todavía llevaba el gorro de goma se lo quitó.

—Sí, hijo. Me lo dijeron descaradamente y te torturaron. No te voy a ocultar el peligro que corres, ellos pueden matarte.

Fred medió:

—Pero no lo harán mientras signifique para ellos una posible fuente de riqueza.

—Lo malo es que, aunque sea a distancia, te pueden controlar y causarte dolor o la muerte si lo desean. Por el momento, nada podemos hacer para quitarte ese artefacto.

—¿Por qué no? —preguntó el joven Varela un tanto angustiado.

—Porque han advertido a su padre que si tratan de quitarle ese aparato se disolverá en su cerebro una cápsula de veneno que lo matará casi instantáneamente.

—Pero si estoy a su merced, de nada sirve escapar.

—No está tan a su merced como ellos creen.

—No entiendo. ¿Hay alguna salvación para mí?

—Lamban dice que te ha preparado esa caja de hierro que flota en el agua.

—Es una cámara de descompresión —dijo Shirley.

—¿Y para qué sirve?

Lamban explicó:

—No la utilizaremos como cámara de descompresión sino como cámara de aislamiento de ondas. Si tú tienes un transmisor y lo colocas dentro de un recipiente de acero, a menos que posea una antena exterior, la onda no se capta y eso es lo que pretendo. Usted se meterá dentro y para que todo vaya mejor, esa caja de acero se

hundirá con su peso en el agua, aunque siempre estará bien sujeta al casco de mi yate. Por más ondas que lancen para que el receptor que tiene incrustado en el cerebro las capte, será inútil. Estará libre de su poder mientras permanezca en el interior de la cámara.

—Pero ¿cuánto tiempo estaré ahí? —inquirió mirando receloso la caja de acero con la escotilla cerrada.

—El necesario para poder convencerles de que su poder no es electivo. Luego, ya nos preocuparemos de sacarle el receptor del cráneo.

—De acuerdo, veo que no hay otra solución. Por cierto, ¿por qué hace usted todo esto? ¿Acaso es agente del Gobierno norteamericano?

—Lo he contratado yo, hijo. Es una especie de investigador privado.

—Eso es —corroboró Fred callándose que, en efecto, era una especie de empleado del Gobierno de Washington, un hombre que si moría en acto de servicio no saldría en los periódicos ni tendría medallas ni honores póstumos como un simple agente de policía. Nadie llevaría flores a su tumba.

Shirley intervino:

—Por favor, aclare una cosa. Usted salió del hospital con una mujer la noche del accidente y su padre y el FBI creen que era yo.

Julio tragó saliva. Ante la mirada interrogante de su padre y de Lamban respondió:

—No, yo no salí con usted, Shirley.

—Entonces, ¿con quién?

—Con su hermana gemela.

—¿Mi hermana? Si soy hija única.

Julio Varela parpadeó extrañado:

—Ella me dijo que se llamaba Agnes Potters y que era su hermana gemela.

—Y se parecía mucho a ella, ¿verdad? —preguntó Fred.

—Sí, por supuesto. No las habría confundido, pero eran muy semejantes.

El general Varela preguntó:

—¿Y por qué te marchaste con ella del hotel?

—Bueno, me dijo que podíamos salir a divertirnos, que nadie se daría cuenta. —Bajó la mirada y arguyó—: Creo que cometí una

estupidez.

—¡Naturalmente! —Gruñó Varela con dureza—. Fuiste un imbécil al seguir a una mujer que desconocías.

—Vamos, vamos, general —intervino Lamban—. Su hijo no es de madera y si lo mantiene tan sujeto no va a hacer de él el hombre que quiere que sea en el futuro.

Con ojos chispeantes, el presidente inquirió:

—¿Pretende darme lecciones, Lamban?

—No, sólo deseo que vea más claro. Dele más libertad a su hijo. Necesita vivir un poco por su cuenta, máxime ahora que es joven. Luego, por sí mismo, sabrá lo que le conviene. Si no le deja experimentarse ahora, luego carecerá de ideas propias.

El general resopló. Miró a Julio y masculló:

—Bueno, creo que me he extralimitado. Lo cierto es que si hubiera aparecido una chica tan hermosa como la aquí presente yo también hubiera perdido la cabeza.

Julio Varela sonrió como no lo hacía en algún tiempo pese a saber que su vida pendía no de un hilo sino del artefacto incrustado en su cráneo.

—Esa mujer fue muy astuta —opinó Lamban volviendo al meollo del problema—. De querer pasar por Shirley usted la habría descubierto, en cambio, presentándose como su hermana gemela ganaba su confianza. A los ojos de los demás, vista a cierta distancia, pasaba por Shirley que es lo que en realidad pretendía. Los agentes federales no recelaron, otra cosa hubiera sido salir con una mujer que ellos no hubieran identificado. Un buen trabajo.

—¡Maldita zorra! —exclamó el general.

—Usted la conoce, presidente.

—¿Yo? ¿Quién es?

—Rosy Berner, la *public relations* de la clínica. Se puso una peluca y se maquilló adecuadamente. Tiene la estatura aproximada de Shirley y también su hermosa anatomía. No debemos olvidar que en la clínica Hipócrates son unos maestros en la estética. El propio doctor Perkins, con algunos apósitos plásticos, transformaría el rostro de Rosy.

—¡Esa mujer es un demonio! —Gruñó Varela.

—Toda la organización es maquiavélica —puntualizó Lamban—. Sin embargo, terminaremos con ella si antes no acaban ellos

conmigo. —Se encaró con Julio—: ¿Sabe Morse?

—Sí. No tengo mucha práctica pero lo conozco.

—Perfecto. Nosotros nos comunicaremos con usted dando golpes a la superficie de la caja. Usted responderá desde el interior.

—De acuerdo.

—Encontrará un par de linternas, si todo va bien, al amanecer subirá a bordo para asearse y desayunarse. Luego, regresará a la cámara de acero y volverá a salir para la comida y la cena hasta que todo esto termine.

—Bien. Confío que pueda usted con ellos en un plazo breve o voy a volverme loco en esa especie de ataúd de acero.

Nada más decir esto, Julio se llevó las manos a la cabeza y profirió un gruñido.

—Hijo, ¿qué te sucede?

—El dolor, el maldito dolor... —Su rostro se demacró.

—Eso es que han descubierto su fuga y están torturándolo a distancia —gruñó Fred.

Saltó por la borda sobre la cámara, apresurándose a abrir la escotilla mientras Julio Varela se oprimía la cabeza con ambas manos, atenazado por el agudo dolor que taladraba su cerebro.

—Resiste un poco, Julio.

—Ayúdenme a bajarlo.

Shirley y el general ayudaron desde lo alto a descender al torturado Julio y Lamban se apresuró a meterlo dentro de la cámara, cerrando la escotilla.

—Shirley, dale al ventilador para que el aire circule por el interior de la cámara.

—Enseguida.

—General, baje las poleas. Que la caja se sumerja casi por completo. Con el peso de su hijo no harán falta lastres, ya que las planchas de acero son muy gruesas.

Fred Lamban quedó sobre la cámara de acero, sumergido en el agua hasta los tobillos, ya que toda la caja quedaba ahora inmersa.

—¡Shirley, dame un hierro para comunicarme con él!

La muchacha le tendió un hacha que había colgada en una de las paredes del yate. Golpeando con ella sobre la superficie de la caja, Lamban preguntó a Julio Varela si se encontraba bien. Todos escucharon expectantes la respuesta y Fred tradujo:

—Perfecto, ya no siente dolor. El poder del doctor Perkins ha quedado detenido por ahora. Pongamos rumbo a Miami.

—Gracias, Lamban, gracias —agradeció el general comprendiendo que el plan del norteamericano surtía efecto.

CAPÍTULO X

—¿Cómo habrá podido escapar? —se preguntó el doctor Perkins furioso.

—No lo sé —respondió uno de sus ayudantes—. No ha funcionado ninguna alarma. En la clínica no ha entrado ningún intruso.

Rosy, también alterada, señaló al federal todavía dormido en su butaca y dijo:

—El nos puede decir algo.

—Lo han dormido con un golpe en la cabeza —señaló Perkins.

—Pero quizá haya visto a quien le golpeó.

Ante la observación del más joven de sus médicos internos, Lee Perkins replicó:

—No es conveniente despertarle. Si lo hacemos nos exponemos a que quiera avisar a la oficina federal y si Julio Varela ha desaparecido, todos lo buscarán y nos crearán dificultades.

—Entonces, ¿qué hacemos con él? —preguntó la mujer.

Perkins miró a Marck, uno de sus ayudantes, y dijo fríamente:

—Mátalo y en el incinerador lo haces desaparecer.

—¿Y si preguntan por él? —inquirió el interno.

—Se ha marchado por su propia voluntad, nadie le ha visto, ¿comprendido?

—Sí, doctor Perkins —asintieron los médicos—. Será fácil. Con una inyección de ácido prúsico no se enterará de nada.

—De acuerdo y registrad la clínica de arriba abajo. Esté donde esté, Julio Varela sentirá el dolor que le envió a través de las ondas y si está aquí, será fácil hallarlo porque se estará retorciendo de dolor.

—Cuidado, no se te vaya a escapar la mano —advirtió Rosy—. Podría morir.

—No temas, sólo lo haré sufrir un poco para que esté donde esté

se retuerza de dolor y acabe descubriendo su posición.

—¿Y si alguien le ha ayudado a escapar?

—¿Eso piensas?

—No sé. El tipo que tiene a Shirley Potters me da que pensar.

—¿Tan astuto es?

—Mejor sería que no lo subestimáramos.

—¿Has dado a Erickson la orden de liquidarlo?

—Sí, él se ocupará de Fred y Shirley Potters pero no va a ser tarea fácil. Hemos de esperar a que de señales de vida e indique la forma en que quiere vernos.

—Estate atenta al teléfono y comunícate conmigo en cuanto sepas algo. No quiero que ese tipo escape.

—Pero, si le matamos a él y Julio Varela huye...

—Julio Varela no puede escapar. Está donde esté llegará la onda de mi emisor de ultrasonido. Su microrreceptor, alimentado con una pila de mercurio, tiene para cuatro años de actividad. Un aparato perfecto que he ideado basándome en los ya vulgares marcapasos de los cardíacos. Se injerta bajo la piel, se conecta al órgano, en este caso el cerebro y actúa bajo las ondas que yo le envíe.

—Sí, una feliz idea. Durante cuatro años será nuestro total prisionero pero ¿y si se les ocurre operarlo y quitarte el receptor del cráneo?

—No lo harán, Rosy. Hice creer a su padre que había una cápsula que disolvería veneno si lo tocaban, lo cual no es cierto.

—Pero sugestionaste al padre.

—Exacto. El será el primero en encargarse de que ningún cirujano toque a su hijo temiendo que lo maten. Varela siente un especial amor por su hijo. Lo mimará y hará cuanto le pidamos.

—Aunque se lo haya llevado por mediación de ese tal Fred sigue en nuestras manos, ¿verdad, Lee?

—Sí, y acabas de hacer una buena observación.

—¿Cuál?

—Has dicho que ese Fred puede trabajar para el presidente Varela.

—Sí, es muy posible. Quizá el general se ha confiado a uno de esos investigadores privados.

—En ese caso, hay que averiguar dónde puede estar Fred pero antes debemos hablar con Siroco.

—Bien, vayamos a tu despacho y por el teléfono hablaremos con él. Ahora vamos a ciegas, ¿no crees?

—No tan a ciegas. Julio Varela sigue en nuestro poder. Su padre no puede hacer nada para ayudarle. Sólo hay un moscón llamado Fred que actúa como catalizador en nuestros planes. Hay que suprimirlo lo antes posible —dijo el doctor Perkins mientras empujaba suavemente a Rosy hacia el interior de su despacho.

—Estoy segura, Lee, de que nuestra gallina irá poniendo metódicamente sus huevos de oro sin fallar. Unos huevos de oro que pesarán muchos kilos, tantos que harán sudar al presidente Varela hasta empaparle la ropa. En cuanto nos haga el primer pago para mantener a su precioso niño con vida, él mismo será nuestro esclavo en el futuro.

—Un plan perfecto, Rosy, pero llamemos a Siroco. El tiene que decidir ahora que los planes se han precipitado a causa de la fuga de Julio Varela.

—Adelante —ordenó más que autorizó el general tras escuchar los golpes dados en la puerta de su habitación del hotel, una habitación con dos salitas, una de las cuales había habilitado como despacho.

Cuando la puerta se abrió apareció la figura más estirada, elegante y también más cínica del embajador.

—Buenas tardes, señor presidente.

—Hola, Cavallo. ¿Qué sucede? ¿Acaso tengo que asistir a alguna reunión especial de políticos o economistas yanquis?

—No, señor presidente. Sólo deseo que mantengamos un diálogo fructuoso para ambos.

—¿Alguna noticia importante de nuestro país?

—Oh, no, el teletipo no dice nada. Los periódicos de Costa Larga han publicado fotografías de usted y su hijo en primera plana presenciando el lanzamiento del «Apolo XI». También algunas instantáneas de usted en las reuniones y agasajos a que ha asistido.

—¿Nada más, Cavallo?

—Si se refiere al accidente de su hijo no dicen nada como era de esperar. Nadie se ha enterado del suceso. Por cierto, señor presidente, quería preguntarle algo.

—Dispare.

—¿Cómo se encuentra su hijo?

—No me han comunicado el último parte facultativo de la clínica —respondió evasivo.

—Vamos, señor presidente, usted tiene a su hijo.

Varela miró directamente el rostro de Cavalo que sonreía.

—¿Que trata de decirme?

—Que es inútil todo el trabajo que se ha tomado raptándolo. Seguirá en nuestro poder.

—Le juro que me ha sorprendido, Cavalo. Le tenía confianza y ahora resulta que forma parte de una pandilla de execrables extorsionistas.

—No formo parte, soy el cerebro. Lo que ellos llaman Siroco.

—¡No me diga! —exclamó con desprecio.

—Sí. Ser embajador de un país como el nuestro no es demasiado rentable, máxime cuando hay un presidente que, como usted, no deja que se escape un gramo de oro de las arcas nacionales.

—¿Tiene falta de dinero, Cavalo?

—Falta de dinero sí, de ambiciones no. Claro que ahora usted mismo nos irá dando todo el oro que pidamos. Como ya hablamos el otro día, usted es el único que puede hacer abrir la gran caja fuerte nacional donde se guarda el oro. La irá abriendo periódicamente, sacará el oro que le indique y discretamente lo embarcará en la dirección que le señalemos. Seguiré con mi cargo de embajador para guardar las apariencias. Luego, cuando llegue el momento oportuno, ya no me importará ser embajador o no.

—Parece muy seguro de que voy a darle ese oro.

—Completamente. La vida de su estimado. Julio depende de ello.

—¿No cree que exagera su poder y el de sus amigos?

—Vamos, vamos, señor presidente. Usted sabe tan bien como yo que su hijo está en nuestro poder a través del artefacto que el doctor Perkins le incrustó en el cerebro. No nos importa ya descubrirnos porque usted nada puede hacer para salvarlo. Se halle donde se halle podemos torturarlo o matarlo si nos place, de modo que le conviene ser obediente. Por supuesto, en público continuaré tratándolo con deferencia.

—Son un hatajo de ratas pero además imbéciles. Ustedes ya nada pueden contra mi hijo.

—No me diga. Eso no se lo cree nadie, señor presidente. ¿Qué

espera, que su hijo resista las torturas hasta que nosotros desistamos creyendo que no tenemos ya poder sobre él? Es absurdo. Aunque ignoremos dónde está, las ondas llegarán hasta él.

—Se equivoca. Alguien me ha demostrado que a todas partes no llegan las ondas. Mi hijo está a salvo del alcance de su artefacto. En cuanto a usted, Cavallo, debería pegarle un tiro aquí mismo pero no deseo armar un escándalo en un país amigo. Considérese cesante en su empleo como embajador, eso ya será suficiente escándalo. Ah, le advierto que si va a Costa Larga, aunque sea para buscar unos fósforos, le haré fusilar. Como sea que nuestros Consulados y la Embajada es también parte del territorio nacional, daré orden de aprehenderlo si pisa cualquiera de esos lugares y si lo apresan, considérese fusilado.

Cavallo, que no esperaba aquella reacción, aquella fortaleza, vaciló, más supo reaccionar a tiempo.

—Aún no tiene el juego ganado, Varela —masculló abandonando el tratamiento—. Puede que haya encontrado un truco para aislar a su hijo y que no lleguen las ondas hasta él, cosa que no creí consiguiera, veo que ha sido muy listo...

—Yo no. Un americano me está ayudando.

—Sí, ya he oído hablar de un tal Fred. A ese tipo lo mandaremos al infierno y en cuanto a su hijo, que no se crea a salvo. El aparato que envía las ondas ultrasónicas para torturarlo tiene una especie de dial para graduar la intensidad de volumen. Hasta que usted no claudique, lo pondremos a tope.

El general palideció:

—¿Me amenaza con la muerte de mi hijo?

—Sí. Su hijo, en una ocasión u otra, tendrá que salir del lugar en que lo protegen y en ese momento, caerá como fulminado. Ya ve, Varela, tiene en su poder a su hijo pero como dentro de una hornacina. En el momento que deje de aislarlo, caerá muerto. No tiene escapatoria. Usted claudicará, nos entregará el oro. No sé dónde lo tiene escondido, pero será como mantenerlo encarcelado día tras día, mes tras mes, año tras año. Luego, un día cualquiera morirá porque el emisor siempre estará colocado al máximo. Claro que si usted es obediente nada ocurrirá. Su hijo podrá continuar haciendo una vida normal a su lado.

—Una vida que no le interesa en absoluto —dijo una voz

inesperada que acababa de penetrar en el despacho del general.

Ambos hombres se giraron y vieron al norteamericano.

—¡Lamban! —exclamó el general.

—Conque usted es Fred, ¿verdad?

El embajador trató de sacar una pequeña pistola de su bolsillo, pero Fred saltó y le atenazó la muñeca haciendo caer el arma ante la pasividad de Varela, agobiado por los problemas. Después, le propinó un puñetazo en pleno rostro que lo tumbó de espaldas.

—Ahora, embajador, vamos a hablar usted y yo. He cometido la indiscreción de escuchar detrás de la puerta y estoy enterado de todo.

—¡General, dígame a este hombre que me suelte o su hijo morirá! —chilló Cavalo.

—Cavalo, es usted un hombre sensible y poco resistente a los golpes. Yo tengo unos puños bastante duros y voy a golpearle una y otra vez, metódicamente, despacio, para que conozca bien el dolor hasta que me diga quién tiene el emisor.

—¡No se lo diré!

—De acuerdo. Encaje el primer puñetazo.

—¡Agg...! ¡Espere, espere, lo tiene el doctor Perkins en su clínica, sólo hay uno!

—Da usted asco, embajador. Resiste menos que una damisela. — Se volvió hacia Varela inquiriendo—: ¿Tiene pastillas para dormir?

—Sí, por supuesto.

—Disuelva tres o cuatro en un vaso. El embajador tiene deseos de dormir. Cuando despierte espero que habrá dado las órdenes oportunas para que lo trasladen en avión a Costa Larga, donde puede proporcionarle una magnífica celda para el resto de sus días.

—De acuerdo, Lamban. Es usted un hombre ingenioso y sé que me sacará de este lío.

—Ahora, tengo un plan para los que están en la clínica pero primero durmamos a esta elegante rata.

CAPÍTULO XI

—Faltan pocos minutos para la hora convenida.

Lee Perkins miró a Rosy que permanecía junto a él en la misma estancia, casi a oscuras, en compañía de los dos ayudantes que habían participado en todos los planes.

—Espero que no falle ese tipo y traiga a Shirley Potters con él.

—No creo que falle. Ya le he dicho que le daremos los cincuenta mil que ha pedido —aclaró Rosy.

—No obstante, no me fío del todo. Ese sujeto parece muy listo. ¡Marck!

—¿Diga, doctor Perkins? —respondió el más veterano de los dos médicos internos.

—¿Están todos los sistemas de seguridad alertas?

—Sí, no puede entrar ni una mosca sin que suene la alarma, a excepción de la puerta principal.

—¿Y el alto voltaje del muro?

—Al máximo. Antes de tocarlo ya quedarán atraídos por la corriente. Es mortal.

—Perfecto. Lo que no comprendo es cómo logró sacar de la clínica a Julio Varela.

Encogiéndose ligeramente de hombros, Rosy arguyó:

—Debió emplear algún truco.

—Bueno, no importa eso ahora. Lo que interesa es que desaparezca cuanto antes y la chica también. El FBI está mosqueado ante la desaparición de su agente, lo que ignoran es que ha desaparecido totalmente dentro del incinerador y lo mismo haremos con los cadáveres de Fred y la chica cuando caigan.

—¿Y Erickson? —preguntó Rosy.

—Ah, sí, falta el estúpido de Erickson. El nos hará el trabajo ahora pero en vez de diez mil dólares, tú, Mark, te cuidarás de darle un par de plomos. Hay que suprimir a los testigos.

—Bien, doctor Perkins, pero ve con cuidado. Ese tipo dispara rápido, es un profesional del crimen.

—Los dos vamos preparados con pistolas —objetaron los internos mostrando sus armas.

—Magnífico. No quiero fallos, esta noche debe quedar todo terminado. Lo que me extraña es que Siroco no haya telefoneado aún haciéndome hacer el resultado de la entrevista con el presidente Varela, pero llamará más tarde o más temprano.

Rosy expulsó una bocanada de humo del cigarrillo que fumaba. Miró hacia la puerta de entrada, tras apartar sus ojos de las dos pistolas con silenciador acoplado que empuñaban los internos, y dijo:

—Ha sido una buena idea dar permiso a los dos guardias de la puerta por esta noche y meter a Erickson en la caseta para que bien parapetado espere a Fred.

—Sí, era mejor que los dos vigilantes no se metieran en esta clase de líos. Luego hubieran querido su parte en el negocio, mientras que así no dejarán de ser un par de empleados fieles de la clínica.

—Ya, como dos perros de presa que obedecen a su amo.

—Exacto, Rosy.

—Tanta espera me pone nerviosa. Voy a mi despacho un momento.

—Como gustes, Rosy. No es necesaria tu presencia aquí.

Puedes hacer lo que quieras.

—Volveré pronto. No quiero perderme el espectáculo cuando llegue el momento.

Rosy abandonó aquélla sala de visitas cuyo amplio ventanal daba a la fachada principal del edificio. Desde allí podía vigilarse a la perfección la entrada de la clínica Hipócrates.

Al doblar un pasillo escuchó pasos. Se quedó quieta.

Fred Lamban estaba allí en el corredor y Rosy no acertaba a explicarse cómo había entrado en la clínica a pesar de las precauciones tomadas.

Fred Lamban empujó la puerta que tenía delante y con su pistola, provista de silenciador penetró en la salita, encendiendo la luz de la misma.

El doctor Perkins y sus dos ayudantes quedaron perplejos al ver

ante ellos a Fred Lamban.

—Están perdidos. Es inútil que traten de oponer resistencia. La policía rodea la clínica y conoce perfectamente la identidad de todos ustedes, también de Rosy Berner. No escapará nadie.

Desde el corredor, Rosy escuchó las palabras de Lamban y ya no quiso oír más. Tenía que salvarse, pero, al mismo tiempo, podía quedarse con todo.

Fue al despacho de Lee Perkins, un hombre al que amaba hasta cierto punto. Primero era ella, sus propias ambiciones y en aquellos momentos quedaba muy poco tiempo para dilucidar cuál era el camino a seguir.

«Si tengo el emisor, seré yo la dueña del presidente Varela. Me dará el oro a mí y a nadie más».

Aquella idea se solidificó con rapidez inaudita en su mente. Fred Lamban se encargaba de los médicos, lo que a ella le daba tiempo para escapar.

Ya en el despacho de Perkins, encendió la luz y se dirigió rápidamente a la caja de caudales.

Nadie sabía que ella conocía la combinación. En una ocasión en que el doctor Perkins sufriera un pequeño descuido, ella la había memorizado diciéndose que un día u otro podía serle útil y en aquellos momentos le estaba sirviendo de mucho.

La caja no era muy grande. Había algo de dinero que cogió y no tardó en tener entre sus manos la pequeña caja negra con el dial regulador, colocado a cero. Sonrió. Aquella cajita le daría el poder.

Sin preocuparse en cerrar la caja de caudales, salió corriendo del despacho. Era inútil tratar de sorprender a Fred Lamban por la espalda con algún arma si la policía aguardaba afuera.

De pronto, vinieron a su mente las últimas palabras que pronunciara Fred:

«La policía rodea la clínica y conoce perfectamente la identidad de todos ustedes, también de Rosy Berner. No escapará nadie».

Vaciló un instante y luego corrió hacia su despacho. Allí en un armario, tenía cuanto necesitaba para poder escapar.

Mientras, en la salita, el doctor Perkins miraba rabioso a Fred Lamban.

—¿Cree que se va a salir con la suya?

—Naturalmente. Siroco o el embajador Cavalo, que es lo mismo,

ya está a buen recaudo. Sólo quedan ustedes y Rosy.

—Si nos mata también morirá el hijo del hombre para el cual trabaja.

—No lo creo. Si Cavallo hubiera podido hablar con ustedes les habría contado que Julio Varela está en un lugar donde no pueden penetrar las ondas de su emisor.

—No lo creo —arguyó Perkins.

—Vamos, vamos, doctor. Ponga un transmisor dentro de un bidón con paredes de acero grueso y trate de que pase una onda. ¿Me comprende?

—Ya, pero ¿cuánto tiempo lo mantendrá en el interior de una cámara de acero, protegiéndole?

—Habíamos pensado tenerlo allí todo el tiempo que hiciera falta pero ahora el juego se termina, porque usted va a darme el emisor y también nos dirá la forma de quitarle esa especie de maléfica prótesis que le incrustó a Julio Varela en el cerebro.

—Yo no diré nada.

—En ese caso va a pasarlo muy mal. Tiene todo el juego perdido.

—Usted no nos hará nada si Julio Varela corre algún peligro.

—Ustedes son muy listos pero no tanto. Creían que entraría por la puerta principal y yo he utilizado el mismo medio que la vez anterior.

—¿Por dónde? —inquirió Marck.

—Por debajo de la red metálica que cierra la bahía, con un equipo de submarinista. He abierto un socavón, de modo que no crean que van a tomarme el pelo. Si yo tengo el emisor y ustedes van a la cárcel, nada podrán hacer contra Julio Varela.

—Pero él seguirá llevando ese artefacto de muerte en el cráneo —advirtió Perkins.

—En el supuesto de que no pudieran quitárselo, sólo habría que esperar a que se agotaran las pilas del receptor, es cuestión de lógica. ¿Cuánto pueden durar unas pilas de mercurio como las que debe llevar el microrreceptor? ¿Dos, tres, cuatro años?

Lee Perkins no era buen perdedor y no pudo soportar el desmoronamiento de sus planes ante la lógica aplastante de Fred Lamban.

—¡Matadlo! —rugió.

Pese a jugarse la vida, los dos internos sacaron sus armas. Marck consiguió disparar al tiempo que lo hacía Fred, derribándolo de un balazo.

Perkins se lanzó en tromba contra la puerta tratando de escapar mientras su otro ayudante se las entendía con Lamban. Éste se interpuso en su fuga y le dio un empujen cuando el interno disparaba contra él.

El cirujano encajó un balazo accidental en mitad de la espalda, unos disparos que apenas podían oírse, pero los proyectiles resultaban igualmente mortíferos.

—¡Estúpido! —le gritó Fred al interno.

El joven médico quiso rectificar el tiro, más una bala cruzaba ya el aire golpeándole la frente. Abrió un orificio en ella que casi unió sus cejas.

Fred Lamban miró los tres cadáveres. Aquello no le gustaba pero el destino lo había querido así.

Asomó por un lado del ventanal y vio a una mujer rubia a la que no reconoció, aunque se parecía a Shirley. Corría hacia un coche que puso en marcha dirigiéndose hacia la puerta.

—No puede ser Shirley, ella se ha quedado en el yate —gruñó para sí.

De pronto, de la caseta que había junto a la gran verja de entrada brotaron dos fogonazos. El automóvil se detuvo, estallando los cristales del parabrisas.

—¡Erickson! —aulló una voz femenina.

Lamban vio un nuevo fogonazo en la caseta y comprendió la tragedia.

Erickson acababa de salir de la caseta pistola en mano. Lamban saltó por la ventana al jardín llamándole:

—¡Erickson!

El asesino se enfrentó a Lamban. Ambos dispararon y el sicario rodó por el suelo convertido ya en cadáver.

Lamban, que para evitar el plomo de Erickson se había arrojado al césped; se levantó y corrió hacia el automóvil detenido en el sendero de gravilla. La mujer rubia que viera escapar estaba inclinada sobre el volante.

Abrió la portezuela. Con suavidad, empujó el cuerpo hacia atrás:
—Rosy...

Los ojos azules se abrieron pesadamente. Intentó sonreír mas sólo una mueca esbozaron sus labios.

—Fred, tú has ganado. Yo quería escapar haciéndome pasar por Shirley nuevamente pero me ha salido mal... He caído en mi propia trampa, Erickson me confundió con ella.

—Rosy, aún puedes salvarte —dijo aun a sabiendas de los dos orificios que veía en el pecho de la mujer. Estaba condenada a una muerte prematura.

—No, esto se acaba, Fred —articuló débilmente—. ¿Servirá de algo que descargue mi conciencia?

—Sí, por supuesto. Dios siempre estima a los arrepentidos.

Rosy sonrió amargamente:

—No merezco otra cosa que el infierno, pero descargaré mi conciencia antes de morir. Siempre he sido una ambiciosa pero también una sentimental.

—¿Tratas de decirme dónde está el emisor que controla a Julio Varela?

—En la guantera de este coche. Ah, y pueden operarlo sin cuidado. El doctor Perkins engañó a Varela para infundirle miedo pero es perfectamente operable. Luego, tapan con platino el agujero del cráneo y asunto terminado. Fred, Fred, ¿dónde está la policía? No la veo.

—Ha sido un ardid, Rosy. Gracias por tu revelación, creo que Dios sabrá perdonar tus errores.

—Fred, tengo frío, mucho frío... Abrázame, por favor, abrázame.

Fred tiró de su cuerpo y la abrazó, pero ella comenzaba a enfriarse. Acababa de convertirse en un bello cadáver.

EPÍLOGO

—Señores, señoras televidentes, fíjense, fíjense en el pie de Armstrong. Va a tocar la Luna. Vacila, vacila, lo mueve de un lado a otro. Éste es el gran momento, un ser humano va a pisar la Luna por primera vez. Perdonen, pero la emoción nos embarga en este gran momento...

—Fred...

—¿Qué, cariño?

—¿Qué comprarás con la recompensa que te ha dado el presidente Varela?

Fred volvió sus ojos hacia Shirley Potters que se hallaba a su lado sobre la cubierta del yate, bajo las estrellas y mientras miraban la televisión que ofrecía el gran reportaje del siglo. El hombre pisaba la Luna.

—No lo sé, cariño, pero déjame ver a Armstrong, Es un momento decisivo para la historia de la humanidad.

—Cariño, podrías comprar un *cottage*. También tendríamos este yate, pero los hijos se crían mejor en una casita.

—¿Qué hijos?

—Los que tú y yo tendremos, porque no creas que voy a dejarte escapar.

—Lo cierto es que creo que no tengo escapatoria... Enlazó la figura de la mujer y la besó en la boca.

En aquellos instantes, Aldrin comenzaba a descender por la escalerilla del módulo lunar «Águila». El sería el segundo hombre que pisaría la Luna.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

